

# INGENIO DE UN CHIAPANECO

Luis Pedrero Pastrana

Colección  
Boca del Cielo



UNICACH



# Ingenio de un chiapaneco

Luis Pedrero Pastrana



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

2014

**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

Joya turística del estado de Chiapas, Boca del Cielo es uno de los nombres más poéticos originados de la sensibilidad colectiva de sus habitantes y el idóneo para una colección de libros destinados a la recreación artística. Los títulos reunidos bajo este sello comprenden el arte y la literatura originados en la entidad o destinados expresamente a ella por autores de diversa procedencia, hermanados todos por su vocación cultural.

Primera edición: 2014

D. R. ©2014. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas  
1ª Avenida Sur Poniente número 1460

C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.

[www.unicach.mx](http://www.unicach.mx)

[editorial@unicach.mx](mailto:editorial@unicach.mx)

ISBN: 978-607-8410-15-6

Diseño de la colección: Manuel Cunjamá

Diseño de la portada: Manuel Cunjamá

Impreso en México

# Ingenio de un chiapaneco

Luis Pedrero Pastrana

**Colección  
Boca del Cielo**



UNICACH



## Índice

Presentación .....	13
Mi carro eléctrico .....	17
Mata de huevo.....	21
Palomas mensajeras.....	23
Silla de mimbre .....	27
Señal de sol.....	29
Hotel Bonampak.....	33
Burro mecánico .....	35
Cañoncito .....	39
Ratonera.....	41
Cine .....	43
El tallercito.....	45
México, D.F.....	63
Bonampak.....	67

Yaxchilán .....	77
La década de los años 60 .....	83
Tapachula .....	93
El hotel.....	101
Escuela.....	107
Soporte roscable para portafilamento.....	109
Caleidoscopio electrónico .....	113
Asiento desodorante.....	117
Bloqueador de cerradura .....	119
de manija redonda.....	119
Clavo de seguridad.....	123
Cocodrilo .....	127
Luis Pedrero Pastrana .....	133

*A mis hijos, a mi esposa,  
a los maestros...  
A todos aquellos que pueden  
incentivar el espíritu creativo  
de niños y jóvenes,  
o el suyo propio.*



*Mi agradecimiento  
al profesor, escritor y poeta  
don José Francisco Nigenda Pérez,  
por su invaluable apoyo  
para la realización de este libro.*



## Presentación

La primera edición del presente libro salió con el nombre de *Ideas de un chiapaneco* pero algunos de mis amables lectores me hicieron la observación que de acuerdo al tema que desarrollo, la palabra correcta sería *ingenio*, por lo que, después de investigar en la enciclopedia y corroborar que estaban en lo cierto, pongo en sus manos esta edición con el nuevo nombre *Ingenio de un chiapaneco*.

Este libro no tiene la intención de ser un manual de ideas o de inventos. Más bien, su propósito es incentivar para que desarrollen las capacidades creativas que muchos traemos desde el nacimiento mismo.

No sé si la creatividad, la observación, el espíritu de superación y el cambio vienen con los genes de cada persona. En mi caso, mi padre, Jorge Pedrero Molinari, era un hombre autodidacto y sumamente hábil para aprender, improvisar, construir o modificar cualquier situación imprevista. Ignoro si mi abuelo, por la línea paterna, haya tenido características similares a las de mi padre, aunque no creo pues nunca le conocí invención alguna de su parte.

En el caso de mis hijos Luis y Alejandro, el primero ya empezó a dar muestras de ser un individuo innovador posiblemente porque ya está trabajando y se mantiene en contacto con la realidad de la vida, talleres y maquinaria. El segundo tiene aptitudes no desarrolladas quizá porque todavía se encuentra estudiando, pero estoy convencido que en su momento sus aptitudes saldrán a la luz.

En el caso de mi sobrino Marco Antonio Millán Pedrero (q.e.p.d.) también tenía muchas cualidades y capacidades de creatividad, caso semejante al de mi hermano Roberto.

Por mi línea materna, mi bisabuelo, el ingeniero José Narciso Roviroza Andrade, conocido en el estado de Tabasco como el “sabio”, posiblemente me haya heredado un poco de sus neuronas, aun cuando no esté yo del todo convencido, pues conozco a gente que sin tener antepasados con perfiles de esta sabiduría, preparación adecuada o tampoco escuela, son personas hábiles y creativas en algún oficio.

La creatividad y la innovación no son asuntos que vayan de la mano con la cultura o la preparación de los individuos, de eso estoy seguro, estoy cierto que lo anterior puede facilitar la creatividad de inventos más sofisticados, sin embargo, es una vocación que trae el ser mismo y que se sustenta en un espíritu siempre observador, innovador y de actitud permanente de superación, motivados por generar algún cambio, ahorro económico, necesidad, lucro e incluso ego.

Es común que los jóvenes aprendan observando a sus mayores, como a sus padres o a algún maestro en alguna actividad del taller donde estudian o trabajan. Hoy, afortunadamente existen escuelas técnicas y universidades donde es posible impulsar y desarrollar las habilidades de los estudiantes y el gusto por la creatividad.

En lo que a mí respecta, tuve la fortuna durante mi infancia de pasar mucho tiempo al lado de mi padre, y aunque él no me enseñó ni explicó muchas cosas que a mí me interesaban y despertaban mi curiosidad, le aprendí lo suficiente porque siempre he sido una persona observadora. Recuerdo que cuando era muy niño me llamaba la atención que la gente moviera los ojos hacia diferentes lados en sus activi-

dades cotidianas y me preguntaba: ¿cómo lo hacían?, si lo habían aprendido o se los habían enseñado, si yo lo hacía o podría aprenderlo; buscando una respuesta me fui ante un espejo a observarme y cuál sería mi sorpresa que yo también lo hacía y nadie me lo había enseñado, por lo que deduje que así nacíamos; aprovechando esta experiencia, decidí conocer todo mi cuerpo, lo cual hice también ayudándome por medio de espejos.

Afortunadamente, mi padre fomentó en mí la inventiva, actitud que se vio enriquecida pues yo tenía mi propio “tallercito” en casa, además del taller que existía en la Agencia Distribuidora Chrysler, propiedad de mis padres, en la que se disponía de herrero y otros equipos que en la actualidad ya no forman parte de los talleres automotrices modernos; o de mi contacto con maquinaria pesada para la construcción y herramientas más especializadas como torno, fragua, prensa hidráulica y de soldadura de diversas variedades que definitivamente ampliaron la visión de mi formación creativa, ya que contaba con el apoyo de trabajadores que ayudaban con las ideas que quería desarrollar.

Así fue que fabriqué y desarrollé algunos equipos que mencionaré en el transcurso del presente libro.

Finalmente, es importante mencionar que nací a finales de 1941 tiempo en que todavía la alta tecnología estaba en sus inicios, y que su llegada a tierras chiapanecas era para entonces inimaginable. Por ejemplo, como dato interesante señalo que la televisión llegó a Tuxtla hasta 1968, que cuando nací, nuestra hermosa capital tenía no más de 20 mil habitantes; que la luz eléctrica era de muy mala calidad, que no había servicio telefónico, etcétera.

Desde este panorama y con esta pretensión, surge la idea de escribir *Ingenio de un chiapaneco*, compendio que invita al

lector a conocer el desarrollo de iniciativas infantiles, juveniles o de un individuo adulto con ideas concretas, que al paso del tiempo se cristalizaron en creaciones que espero sean de interés desde la lectura, o desde el incentivo para quienes degustan de la misma inquietud insaciable de crear.

Queda pues en sus manos parte de esta vida mía.

## Mi carro eléctrico

**M**i contacto inicial con el mundo de lo mecánico, y muy raro en aquellos años, fue mi primer carro eléctrico, y más bien el único pues nunca más volví a tener otro. Este carro lo fabricó mi papá con la ayuda de un amigo suyo llamado Santiago Sarabia, por cierto, hermano del admirado y legendario piloto aviador Francisco Sarabia, quien fuera muy amigo de mi padre y le enseñara a volar.

El carro eléctrico tenía un chasis metálico fabricado con ángulo de fierro de media pulgada, la carrocería era de madera y estaba pintada de color verde. En la parte trasera tenía espacio que permitía la ubicación de un acumulador de 6-8 voltios y un motor eléctrico, que era un generador automotriz de los que se usaban antes de que se inventaran los alternadores, al cual aplicándole corriente eléctrica se convertía en un motorcito. Para el asunto de creatividad que nos ocupa, a éste se le adaptó una polea, y con una banda que conectaba a otra, instalada en una llanta trasera, se obtenía el impulso deseado. El acumulador iba conectado a un botón de cambio de luz de los que se usaban en esa época, que hacía las veces de interruptor de arranque.

La descripción del automóvil la recuerdo entre las tinieblas de mi pensamiento producto de los años que ahora tengo, pues tan maravilloso juguete me lo regalaron cuando yo tenía cuatro años de edad. Sin embargo, el funcionamiento que describo lo entendí cuando teniendo más

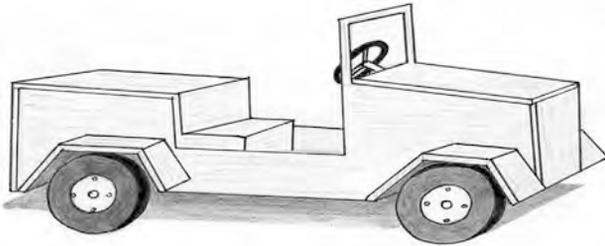
edad, le pregunté al respecto a mi padre cómo habían hecho el coche eléctrico.

Lo que sí recuerdo es que todo el día quería estar arriba del coche eléctrico y que, por lo mismo, la energía del acumulador se terminaba en un corto tiempo. Este gusto de casi vivir arriba del coche, propició que se le tuviera que adaptar otro acumulador en paralelo, para que me durara más el disfrute de manejarlo durante más tiempo en aquellas jornadas infantiles.

Al paso del tiempo suponía que nadie recordaba aquel carro eléctrico. Al menos esa certeza tenía, pues incluso mi madre no lo recordaba y así me lo hizo saber. Pero un día, platicando en una mesa de amigos sobre los juguetes que habíamos tenido durante la niñez, mi amigo Rafa Morán (Rafael Morán Castellanos), por cierto, sobrino del señor Santiago Sarabia, amigo de mi padre y coautor de aquel inolvidable invento, me recriminó sensiblemente que de niño no le permitiera manejar mi carro eléctrico, situación que fuera motivo reiterado hasta de pleitos. Así supe que mi recuerdo al menos era compartido por otra persona.

Me hubiera gustado guardarlo como recuerdo y posiblemente como comparación con los carritos actuales que ahora se venden en muchas tiendas comerciales, los cuales tienen baterías recargables y de larga duración, tiempo suficiente para que los niños lo disfruten. Sin embargo, la escasa energía de los acumuladores del carro, permitió el primer contacto con el *tungar* que justamente servía para cargar baterías.

Como me gustaba tanto pasear en mi carro eléctrico, decidí pasear a mi loro. Para ello, le construí un carro con una caja de zapatos y ruedas de carretes vacíos de película, al cual jalaba por medio de un hilo. De esta forma tuve mi primera experiencia con la fabricación de mis carritos para jugar.



A principios de la década de 1950, en alguna tienda de la ciudad de México, mi tío Hernán Pedrero Argüello y mi papá compraron dos carros italianos equipados con motor de gasolina. Recuerdo que tenían en el frente y en el tablero una placa que decía “Bolugrafo Torino 46”.

Uno de estos carros fue para mi hermana Maluye y para mí, artefacto que nos permitió divertirnos mucho pues aunque era un vehículo aparentemente de juguete, se trasladaba bastante bien y rápido; además, era para dos personas y se convirtió en suficiente motivo de discordia entre hermanos durante mucho tiempo, hasta que definitivamente la suerte permitió que dejara de funcionar.

En el año de 1951, en una experiencia emocionante, mi hermana Maluye y yo salimos al frente de la Segunda Carrera Panamericana como vehículo insignia, para darle mayor relevancia a la salida de la justa deportiva. Como piloto iba mi hermana Maluye y yo como copiloto, manejé por uno o dos kilómetros y luego se metió a un ranchito.

Este fue en realidad el primer automóvil de motor que manejé totalmente solo, era estándar de tres velocidades, tenía *clutch*, frenos y acelerador como los automóviles formales.

Desde entonces, el gusto por los vehículos y sobre todo por su cada vez más sofisticado funcionamiento, es tema recurrente y de gran interés para alguien que, desde niño, le fuera depositado en sus manos un juguete irrepetible.



En la gráfica, mi hermana y yo en el Bolugrafo, en el Hotel Bonampak antes de iniciar la Segunda Carrera Panamericana en 1951; los dos niños que aparecen a la izquierda son Alberto *Chato* Orduña Téllez y su hermana María Esther

## Mata de huevo

**Y**o tenía cinco o seis años de edad, siendo siempre curioso y tratando de investigar las cosas, de pronto se me vino a la mente que ¿de dónde provenían los huevos? Es imprescindible mencionar que durante mi época de niño, adolescente y estudiante no se consideraba a la sexualidad como contenido escolar y tema convencional al interior de las aulas. Hablar de sexo era un tabú aun dentro de los hogares, por eso se restringía mucho el conocimiento sobre la manera en que nos reproducíamos tanto humanos como animales. Yo conocía los gallos y las gallinas pero nunca supe que éstas ponían huevos, tampoco de dónde venían los pollos.

En mi curiosidad de investigar las cosas y de saber de dónde venían los huevos, se me ocurrió sembrar un huevo en el jardín de mi casa. No obstante, para mi mala fortuna, en el lugar donde lo hice nació una planta tipo enredadera a la que me dediqué a regarla y a cuidarla. Cuando mi mamá y las sirvientas me preguntaron por el interés sobre la mencionada planta, les dije que había sembrado un huevo y que estaba esperando que los diera la enredadera. Al escuchar la ocurrencia se echaron a reír y durante mucho tiempo fue motivo para que me molestaran reiteradamente, aunque afortunadamente también me explicaron que los huevos los ponían las gallinas y que de ahí nacían los pollos.

Con la lección perfectamente comprendida, lo que hice fue pedir que me regalaran unas gallinas para que pusieran los huevos y tuvieran pollos. Más tarde ya tenía los anima-

les. Pero además me dieron un gallo y nunca la explicación correspondiente de su funcionamiento varonil con las gallinas. ¡Era un gallo que a mí me gustaba mucho! ¡Era un animal de la raza legor, blanco, grande y bonito!

Así fue que me dediqué a conseguir huevos por todos lados, sobre todo de la casa de mi tía Angélica, quien no sabía a dónde iban a parar los huevos de sus gallinas y cuando lo supo me regañó. Afortunadamente, mi producción de pollos y después de patos, duró por mucho tiempo.

En mi casa siempre hubo una gran variedad de animales, y con la experiencia anterior, después de algunos años me dediqué a la cría de gallos de pelea y luego de palomas mensajeras, esto sin contar que tuve en la casa ardillas, loros, guacamayas, aves de todo tipo, tejones, micos de noche y tigrillos. Recuerdo muy bien un cachorro de jabalí que teníamos suelto en la casa, a quien lo bautizamos con el nombre de Cochito y le fascinaba que le rascarán la panza, este gusto era una atracción para las visitas porque al ver al animal en lugar de espantarse les causaba admiración que llegara y se acostara patas para arriba para recibir las caricias a que estaba acostumbrado, una noche se salió de la casa y nunca lo volvimos a ver, fui muy responsable con los animales pues nunca les faltaron cuidados y casi siempre estuvieron en completa libertad.



## Palomas mensajeras

**A**l finalizar el capítulo anterior mencioné que había tenido palomas mensajeras, hago un pequeño paréntesis en la secuencia del presente libro para hablar de ellas.

La mayoría de las personas piensan que las palomas mensajeras llevan mensajes a cualquier parte, nada más equivocado, lo único que hacen es regresar a su palomar, por lo que, si alguien quiere enviar un mensaje tendría que llevarse una paloma, soltarla con el mensaje y ésta regresará a su lugar de origen.

Las palomas mensajeras se conocen desde la Antigüedad, las utilizaron egipcios, griegos romanos y árabes, se dice que los faraones tenían una amplia red de palomas para comunicarse con todo su imperio. Estas fueron introducidas a Europa por los ingleses con el fin de hacer cruza, el propósito de los cruzamientos fue el mejorar su estructura aerodinámica, la mensajera es una raza especial de paloma, por su viveza, su vuelo, su plumaje, es considerada una auténtica atleta del aire, lo que la hace capaz de volver a su palomar a una velocidad promedio de 90 kilómetros por hora; su más importante diferencia con el resto de las palomas que todos conocemos y que habitan en parques y jardines es su capacidad de orientación, capaz de regresar a centenares de kilómetros a su morada, independientemente que es más robusta, con mayor masa muscular con un plumaje más espeso y con diferencia en la cabeza y pico, en los hábi-

tos sociales son muy parecidas, monógamas y comparten la incubación y crianza de los pichones.

Existe una manera diferente de criar, alimentar y educar a las palomas mensajeras que ya no menciono aquí porque sería tema de un nuevo libro



Después de hacer una pequeña descripción de lo que son las palomas mensajeras les contaré que mi primer encuentro con ellas sucedió durante los años sesenta, después de haber tenido una inolvidable convivencia con la *Cuca* que al desaparecer nos dejó una gran nostalgia, mi papá y yo decidimos volver a tener pichones; instalamos un palomar, conseguimos polluelos y nos dedicamos a la crianza de palomas con la esperanza de que alguna se pareciera a la *Cuca*.

En ese tiempo llegó a la casa el ingeniero Mariano Gajon, amigo de mi padre y ejecutivo de la empresa Caterpillar en México, vio nuestras palomas y preguntó si teníamos las mensajeras a lo que contestamos negativamente, nos explicó que él se dedicaba a la crianza de ellas y que con todo gusto nos regalaría algunas para que incursionáramos

en esta nueva actividad; muy motivados quedamos en que en mi próximo viaje a la ciudad de México pasaría a su casa a recogerlas.

No pasó mucho tiempo cuando tuve que ir a la capital y provisto de una caja de cartón con agujeros y preparada con recipientes con agua y comida, me presenté a la casa del ingeniero Gajon a recoger las palomas las cuales traería en automóvil en un viaje de 20 horas a esta ciudad de Tuxtla Gutiérrez.

Muy amable el ingeniero Mariano me entregó dos parejas, las colocamos en la caja y emprendí el viaje, al llegar a mi casa y sin avisarle a mi papá, me pareció lo más lógico abrir la caja para que salieran y empezaran a ambientarse con su nuevo palomar, al darse cuenta mi padre de lo que había hecho me llamó la atención pues él pensaba tenerlas en cautiverio unos días, sin imaginar que éstas, al igual que yo, estaban listas para regresar a su palomar en la ciudad de México; estuvieron un brevísimo tiempo entre nosotros, tal vez para reponerse del viaje y después de volar en círculos para orientarse emprendieron el camino a su casa llegando en dos días; acontecimiento que comentamos ampliamente con el ingeniero Gajon, quedando en repetir otra vez su traslado, esta vez tuvimos el cuidado de no soltarlas hasta que se hubieran acostumbrado totalmente a su nueva casa. Y así empecé una nueva actividad que tuve durante varios años.

La *Cuca*, un pichón común y corriente llegó a mi vida cuando yo tenía 7 años, no se quien la llevó a la casa, si ya era adulta o pichón pero la recuerdo volando por todos lados alrededor y dentro de la casa, era parte de la familia, comía con nosotros en la misma mesa, debió haber sido macho porque era muy bailador y cantador, le encantaba bailar en la cabeza y en el hombro de mi papá.

Mi casa fue una de las primeras construcciones de la colonia Moctezuma, de esta ciudad de Tuxtla Gutiérrez, era grande, de dos pisos, rodeada de jardín, con porches en la planta baja y terrazas en la segunda, la *Cuca* dormía en una jaula, para su protección, en un porche que daba al patio trasero, temprano se le abría la puerta y salía volando buscando alguna puerta o ventana abierta para entrar a la casa y dirigirse a la recámara de mis padres, donde se ponía a bailar y cantar sobre mi papá, despertándolo si estaba dormido o alegrándole el momento.

En esos tiempos nació mi hermano Roberto y la *Cuca* sentía curiosidad por el bebé, siendo tan bailadora no desaprovechaba la oportunidad de bailar y cantar sobre el niño cuando la cuna estaba abierta o se le dejaba solo en la carriola, esta situación preocupaba y ponía muy nerviosa a mi madre, pues podía existir el riesgo de que con el pico le hiciera algún daño; ignoro qué pasó pero la *Cuca* desapareció de nuestra vida, nunca supimos qué se hizo hasta que años después mi madre nos confesó, muy a regañadientes, que la había regalado porque se estresaba mucho con la paloma bailando sobre el niño. Debo confesar que nunca he conocido ni volví a tener una paloma igual, que la recuerdo con nostalgia como si hubiera sido ayer, fue parte de una época muy bonita de mi niñez y que reforzó mi amor por los animales.

## Silla de mimbre

**C**ursaba yo el primer grado de educación primaria en la Escuela “tipo” Camilo Pintado, que estaba ubicada sobre la Segunda Norte, casi esquina con la Calle Central, lugar donde ocupa actualmente el palacio municipal de Tuxtla Gutiérrez. En ese entonces, mi maestra Chusita Palacios se dio cuenta que yo tenía cierta habilidad para hacer las cosas, y con el afán de impulsar más esa capacidad, yo creo, y de que yo cumpliera con una materia escolar, me puso a hacer una silla tejida de mimbre como trabajo manual.

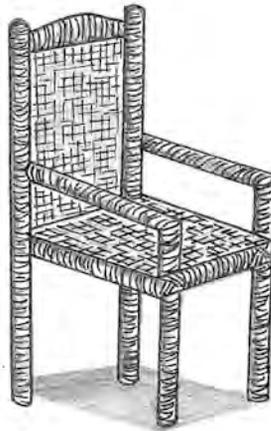
Anteriormente se iba a las escuelas mañana y tarde, y se llevaba una serie de asignaturas que se fueron eliminando poco a poco por falta de tiempo y espacio en las escuelas. Era común ver que los alumnos de los últimos grados de la primaria tejieran mimbre e hicieran trabajos de yute, bordados tanto para hombre como para mujer, pinturas, entre otras manualidades artísticas, de las cuales yo hice varias para regalar a mis familiares. Lo que sí era raro era ver que un niño de primer grado tejiera mimbre, por ser éste un trabajo que requería destreza y disciplina, aspectos difíciles de disponer en un niño de aproximadamente siete años.

Recuerdo que era un trabajo manual complicado y que requería de mucho tiempo. El mimbre, que actualmente ya no se consigue, lo vendían en rollos en tiendas por el mercado, y antes de empezarlo a trabajar tenía que remojarlo para luego partirse a la mitad, y así pudiera enrollar en la

armazón de madera de la silla. El proceso de humectación y de partirlo en dos, requería la mayor parte del tiempo de la hora destinada a los trabajos manuales, pero era una acción necesaria pues si el mimbre no estaba bien remojado, éste no era flexible y a la hora de trabajarlo se rompía.

El trabajo exigía el uso de clavos pequeños y martillo para unir los tramos donde se acababa el enrollado. La armazón era de pino y se vendía en las carpinterías a un precio de cinco pesos. El terminado del asiento y respaldo era un poco más laborioso que el forrado de la armazón. En la parte inferior se clavaba varios pares de mimbres completos que daban hasta la parte superior de la silla, pasando por el asiento y el respaldo; después se le entretejían las mitades ya descritas para formar un tejido completo. Con este trabajo final, la silla estaba terminada.

La única silla de mimbre que hice en mi vida se perdió en el tiempo, pero no en mis recuerdos.



## Señal de sol

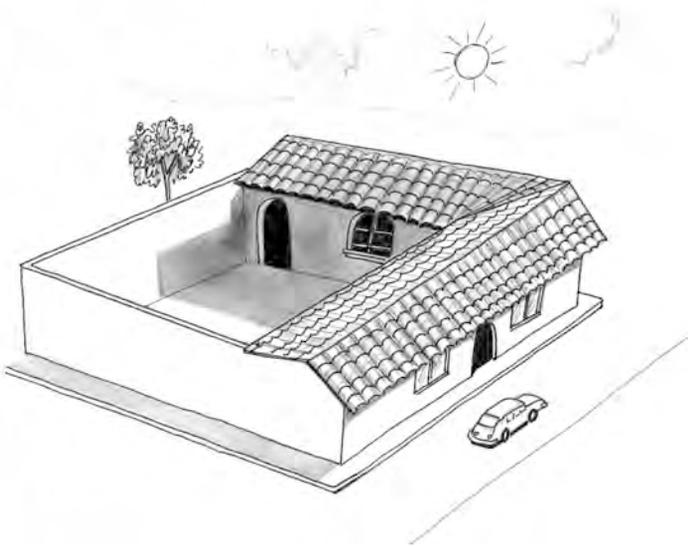
**E**n la época en que le robaba los huevos a las gallinas de mi tía Angélica, y durante un viaje que mis papás hicieron a la ciudad de México, mis padres me dejaron viviendo en casa de la tía. Durante esa estadía obligada, debía que levantarme temprano, y por mi corta edad no tenía reloj y tampoco había muchos relojes en las casas de aquel entonces. Esta situación ocasionaba que a veces me retrasara para salir a la escuela y realmente no tener en dónde checar la hora, no era una buena excusa para llegar tarde.

Con la problemática anterior sobre mi espalda, decidí hacer una marca en la pared donde daba el sol a la hora que tenía que salir a la escuela y de esa forma evitar tener problemas por no llegar a tiempo. Todo iba muy bien pero empecé a darme cuenta que la sombra se retiraba cada día más de la marca que había dejado, situación que me confundió pues en mi lógica de niño, donde estuviera el sol sobre la marca debería de ser la misma hora, pero en la realidad no era así, y tuve que desechar el procedimiento.

Ahora que han pasado los años y viendo hacia atrás mi niñez, me convenzo que era un niño observador y práctico. Sin embargo, entonces no pude explicarme por qué el sol no daba la misma sombra todos los días a determinada hora, ni tal vez nadie me lo hubiera podido explicar. Posiblemente mi pariente Augusto Munch Paniagua, ingeniero civil graduado en la Universidad Nacional Autónoma de México y luego astrónomo, quien por cierto es el primer mexicano y único chiapaneco que

ha recibido el premio Príncipe de Asturias por su trabajo de astronomía, máximo galardón que otorga España en diferentes ramas de la ciencia, así como también un reconocimiento de la Academia Espacial de los Estados Unidos por su desempeño como colaborador de la NASA. Augusto Munch Paniagua actualmente vive jubilado en California.

Por el desarrollo profesional de Augusto Munch Paniagua, es increíble que en Chiapas no se le haya otorgado un reconocimiento.



Hasta hoy sé que por el movimiento de traslación de la tierra alrededor del sol, va cambiando su inclinación, lo que ocasiona las estaciones del año. Y que la luz solar la recibimos en ángulos diferentes todos los días, teniendo por resultado que hubiera pintado 365 marcas, una para cada uno de los días del año y de esa forma haber salido siempre a tiempo a la escuela. Lo anterior sucedió cuando yo tenía siete años.

Cuando estudiaba el primer grado de educación primaria, en la Escuela “tipo” Camilo Pintado, donde por intereses de quién sabe quién, se efectuaban muchas rifas y a los estudiantes nos mandaban a la calle a vender boletos no importando nuestra edad. En una ocasión me quemaron la mano unos *malosos* con plomo caliente, cuando fui a vender boletos a las oficinas del periódico *El Herald*. Este incidente y otro que me ocasionó Roberto Serrano Figueroa al lastimarme durante un recreo, al grado tal que me lastimó el cuello, lo que le costó una gran *cuarteada* por parte de su papá con el mismo lazo con que me lastimó.

Los incidentes anteriores hicieron que mi madre decidiera cambiarme de escuela. Por ello, el segundo grado lo estudié en la escuela primaria doctor Belisario Domínguez, que entonces utilizaba el mismo edificio, en el turno matutino, la escuela para niñas Fray Matías de Córdova donde estudiaba mi hermana Maluye.

*La Beli*, como le decíamos de cariño, trabajaba en el turno vespertino. Recuerdo bien que nuestro salón de clases tenía dos focos grandes que se utilizaban cuando anochecía. Como no éramos grandes amantes de la escuela y queríamos salir temprano, y como yo tenía conocimiento de electricidad, en un descuido de la maestra o antes de que empezaran las clases, me subía a una silla para aflojar los focos y provocar que no hubiera luz. De esta manera salíamos temprano.

Sin embargo, el truco no duró mucho tiempo pues se dieron cuenta que los focos estaban flojos frecuentemente. Entonces me vi obligado a aflojar los tapones del interruptor del salón de clases para que no hicieran contacto. En aquel tiempo se usaban fusibles protectores en forma de tapón, y cuando se quemaban se reemplazaban por otros nuevos. Esta maniobra les costó un poco más de tiempo descubrirla, pues tenía la habilidad de apretarlos después que nos dejaban salir.

Como los maestros conocían nuestras travesuras, pero no sabían quién era el autor de estos sucesos, y el personal de intendencia tenía que revisar focos y tapones, opté por ponerle al tapón un cartón en el fondo y con esto evitar el contacto y el paso de la corriente.

Entre trucos y triquiñuelas vimos pasar el ciclo escolar completo. Ya en tercer grado de educación primaria, inauguramos el nuevo edificio de la Belisario Domínguez, escuela que estuvo ubicada durante muchos años en la Primera Sur entre Calle Central y Primera Poniente de Tuxtla Gutiérrez. Ahí se acabaron las clases del turno vespertino y las maniobras para flojear.

## Hotel Bonampak

Con la inauguración del Hotel Bonampak el 20 de noviembre de 1948, éste se convirtió prácticamente para niños, jóvenes y adultos en nuestra segunda casa. El hotel tenía alberca, bar, billares, boliches, y servía de escenario donde se organizaban tertulias al medio día de los domingos, amenizadas siempre con una de las mejores marimbas de la localidad. Los bailes formales se hacían en el salón Azul y Plata, donde yo iba a observar y ver bailar a mi amor imposible, al ritmo de las melodías de moda de aquel entonces, como *Noche y día*, *Volver a empezar*, *Sin ti*: ella se llamaba Lucía Castillo, y me llevaba más de diez años de edad. Y además, era mi vecina. Siempre buscaba la oportunidad de llevarle una rosa que cortaba en el jardín de mi casa, pues mi papá era aficionado a cultivarlas y tenía rosales muy hermosos.

Algo que me gustaba mucho también era escuchar discos en la sinfonola que estaba en el bar del Hotel Bonampak. En esa época escuchar discos en una sinfonola era un lujo, y para un niño además de un lujo, resultaba oneroso pues costaba veinte centavos la pieza, y si se tiene en cuenta que yo le vendía limones al hotel a centavo por pieza, para escuchar cinco melodías, entonces tenía que entregarle cien limones. ¡Eso para mí era muchísimo dinero!

Sin darme por vencido para no dejar de escuchar las canciones que me gustaban, opté por hacerle a una moneda de veinte centavos (que era la que se utilizaba en la sinfonola) un pequeño agujero y amarrarle un hilo muy delgado. De

esta forma podía meterla y sacarla varias veces y escoger los discos de mi preferencia. La idea para mí era genial pero no contaba con que la sinfonola tenía un diseño de fábrica para que ningún “chico listo” como yo pudiera escuchar música gratis. Todo ello dio como resultado que la vez que metí mi moneda con el hilito a la sinfonola, fuera ésta la primera y la última, pues nunca pude recuperarla.

No conforme con haber perdido mi moneda, tenía que encontrar el modo de que mi idea funcionara. A los pocos días alguien dejó abierta la tapa de la sinfonola y aproveché para echarle un vistazo para ver si podía encontrar el seguro que suponía era lo que impedía funcionara mi creación. Debo advertir que de sinfonolas no conocía nada. Afortunadamente mi ingenio me iluminó y descubrí que la sinfonola tenía un péndulo que las monedas, con el peso correcto, lo movían y las dejaba pasar a la caja recolectora, y por supuesto, impedía además que alguien que la tuviera amarrada volviera a recuperarla.

Mi entusiasmo no se hizo esperar. Inmediatamente agarré un pedazo de papel y lo trabé haciendo que el péndulo se hiciera a un lado. El ingenio hizo milagros, por lo que a partir de entonces mis amigos y yo pudimos escuchar nuestra música, sin que salieran del asombro los cantineros y meseros pues éstos no se explicaban de dónde conseguíamos tanto dinero. Sin embargo, no tardó mucho el gusto pues alguien se dio cuenta de la trampa y se acabó la música para nosotros.

## Burro mecánico

**M**i casa fue una de las primeras en la colonia Moctezuma. Estaba ubicada en la Avenida Central y Trece Poniente en Tuxtla Gutiérrez. Desgraciadamente el inmueble ya no existe pues un temblor lo dañó de muerte y mi hermano Roberto, que es su actual propietario, tuvo que demolerlo.

Como prácticamente vivíamos sin vecinos y la seguridad era absoluta entonces, los niños crecíamos en la calle sin ningún freno y sin mayores recomendaciones. Inclusive los carros eran tan pocos que prácticamente el peligro de ser atropellado era casi nulo.

Una de mis mayores diversiones era montar burros que abundaban libres en los alrededores de la casa. Los dueños, si es que tenían, no se preocupaban por cuidarlos, mucho menos de saber quién los montaba. Simplemente los dejaban sueltos para que comieran la hierba que crecía por todos lados. Éste era el momento que aprovechaba para lazarlos y montarlos conjuntamente con mis amigos.

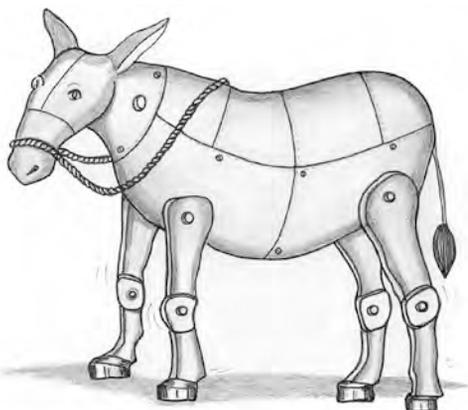
Convencido que el transporte en burro era lo más seguro, placentero y muy barato, decidí construir un burro mecánico y de esa forma ahorrarnos la construcción de carreteras, pues todo mundo podría andar a campo traviesa con su burro mecánico.

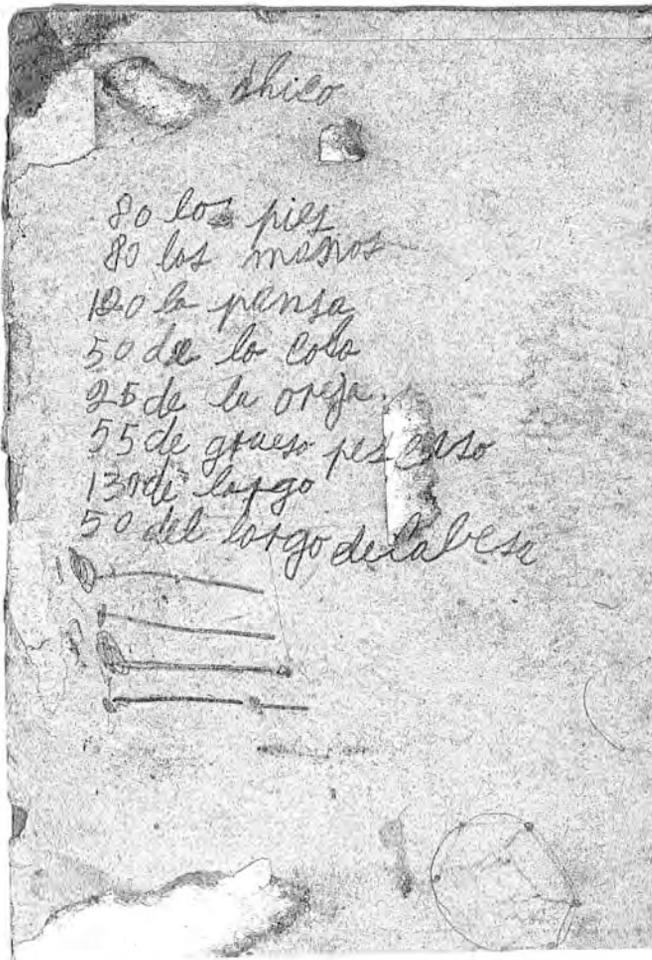
Armado de un lápiz, un pedazo de cartón y una cinta métrica salí a medir a los primeros animales que encontrara. Afortunadamente todavía conservo las medidas. Tenía

ideado que si el motor no cabía en la panza de un burro normal, sí cabría en las medidas de una burra cargada. Por una oreja se le echaría el aceite y por la otra oreja el agua. Por el hocico se le pondría la gasolina, y el escape estaría donde debía de estar, debajo de la cola.

Por supuesto que ya había ideado, por medio de unas poleas, mover las patas del burro para que avanzara. Sin embargo, no me había puesto a pensar en los obstáculos y en el equilibrio que debería tener, situación solamente lograda en el tiempo actual con el uso de computadoras. Pero en mi mente de niño no existían esos problemas.

Como señalé al principio de mi libro, yo vivía al lado de un taller y siempre conté con la disposición de los trabajadores para que me hicieran todo aquello que yo tuviera en mente. Y ni tardo ni perezoso le pedí ayuda al herrero, que se llamaba Francisco Oseguera, a cortar una serie de piezas de diferentes medidas que servirían para la fabricación del burro, hasta que apareció mi papá y al ver que el material que tenía para fabricar unas ventanas lo habíamos empezado a cortar, diplomáticamente paró la obra y sin que me enojara puso sus fierros a buen recaudo.





960 de la trompa  
70 del garrote  
170 de la pansa  
180 de la pigo  
30 de los cascos



30 de la pizma  
25 de la oreja  
70 los pies  
70 los manos

J.M. Pastrana

## Cañoncito

**E**stando en un cumpleaños de mis primos, uno de sus amiguitos le llevó de regalo un cañoncito al cual se le ponía un cuete, y por medio de unas manivelas se apuntaba y servía para derribar muñequitos o algo por el estilo.

Quedé impresionado con el cañoncito, pero nunca supe dónde lo habían conseguido. Y aunque me hubieran dicho, no tenía dinero para comprarme uno.



Con la idea fija del cañoncito en mi mente, decidí fabricar el mío con tecnología propia. Conseguí una terminal de dirección usada de automóvil, de las que cambiaban en el taller, y pedí que le pusieran patas de alambrón y que le soldaran un tubo galvanizado de media pulgada en la parte

movible de la rótula, y encima de éste un tubito de cobre como mira. Con el objeto de poder cargarlo con el cohete y sacarlo después de haberlo quemado, le hicimos rosca a una de las extremidades del tubo y le pusimos un tapón con un agujero para que desde ahí saliera la mecha.

El cañoncito funcionó a las mil maravillas y durante años rodó con mis juguetes pues prácticamente era indestructible.

Es importante mencionar que en aquel tiempo en cualquier lugar se vendían cohetes con tapón de lodo en la punta, proyectil que era lanzado cuando estallaba la pólvora dentro del tubo que era un poquitito más grande de diámetro que el cohete. Los que nosotros usábamos eran de los más débiles.

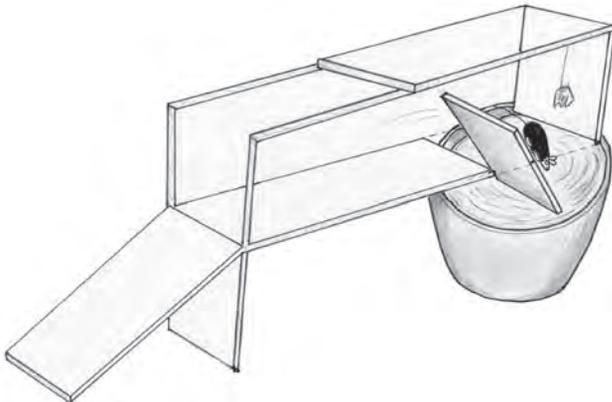
## Ratonera

Vivíamos prácticamente fuera de la ciudad rodeados de vegetación y con frecuencia teníamos visitas constantes de ratas. Mi mamá se quejaba de que eran animales muy listos, tanto, que muchas veces se comían el cebo sin que la trampa, que todos conocemos, las atrapara.

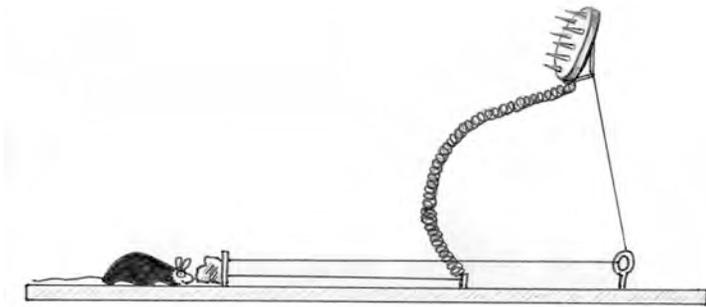
Para acabar de una vez con todos los inconvenientes de que las ratas se escaparan, decidí inventar diversos tipos de ratoneras las cuales, estaba seguro, no dejarían ir viva a ninguna.

La más sencilla consistía en hacer un túnel de madera de diez centímetros de ancho por diez centímetros de alto, por cuarenta centímetros de largo que estaba descubierto en un tramo de treinta centímetros en la parte de arriba. El túnel, entonces, tenía una escasa longitud de diez centímetros, espacio suficiente para colocar el cebo en su extremo cerrado. El piso tenía forma de balancín el cual se

abría con  
llegar a l  
do a un  
con agua  
ser una c  
de previ  
había co  
la ratone



La segunda trampa era más laboriosa. Consistía en un resorte que tenía en uno de sus extremos una roseta de clavos y alfileres. El sistema de cargarla era prácticamente igual al que existe actualmente, pero éste liberaba un alambre para que la roseta cayera encima del animal. Mis papás nunca me dejaron terminarla pues consideraban que era muy peligrosa y porque podía lastimarme.



Para mi mala suerte nunca cacé ninguna rata con mis ratoneras. Quiero pensar que tal vez porque éstas se acabaron o se ahuyentaron con el veneno que les ponían, o porque le tenían pavor a mis ratoneras.

## Cine

**A** principios de la década de 1950, mi mamá, la señora Gloria Pastrana Rovirosa de Pedrero, formaba parte del patronato Pro-casa del Anciano, cuyas instalaciones estaban ubicadas en la Séptima Avenida Sur y Segunda Poniente de esta ciudad de Tuxtla Gutiérrez. El asilo consistía básicamente en una casa muy grande con patio central con jardín, dormitorios para los ancianos, enfermería, cocina, una amplia sala, entre otros anexos. Era operado por monjas y subsidiado por el sector salud del gobierno del estado.

Con el conocimiento que me permitía haber aprendido a manejar el equipo de cine que tenía mi papá, y además saber pegar las películas cuando se rompían o quemaban, situaciones frecuentes de aquella época de las películas de 16 mm, mudas y casi todas en blanco y negro porque el color no se había popularizado, mi mamá tuvo la feliz idea de que cada quince días nos fuéramos al anochecer, conjuntamente con las señoras del patronato, a exhibirles películas a los ancianos.

En ese tiempo, en la casa contábamos con seis películas de caricaturas, por cierto muy escasas en esa época. La idea fue todo un éxito al grado que no solamente les proyectaba una película, sino dos. Y lo más interesante era que por no tener un repertorio más amplio, había necesidad de repetir las con demasiada frecuencia. La ventaja era que los cinéfilos nunca recordaban que las películas ya habían sido vistas repetidamente por ellos.

Al principio, como todo buen niño, me daba flojera hacer las veces de operador de aquel cine itinerante, pero también me divertía viendo la cara de los espectadores y el regocijo que sentían los ancianos al ver casi siempre lo mismo.



## El tallercito

No obstante la existencia de un taller automotriz grande al lado de mi casa, el cual podía utilizar a mi entera disposición, decidí montar mi propio taller en casa, al que le denominé “El tallercito”.

En ese entonces, mi padre me regaló un tren eléctrico que armaba todas las navidades para adornar el nacimiento, y un mecano para armar diversos juguetes. Este tipo de juego todavía existe en el mercado y es muy útil para que los niños aprendan a interpretar planos y desarrollen paciencia y habilidad para armar los juguetes descritos en el manual.

En el tallercito fabricaba mis carretones con baleros para ir a jugar con mis amigos los Cano (Adrián, Guayo, Iber y Roberto). Confeccionaba mis propias piñatas, máscaras de cartón para los carnavales, papalotes (en el Tuxtla de antes se les denominaban papelotes), así como globos de papel de china de los que todavía se sueltan en las ferias, y a los que se le pone una estopa con aguarrás o diesel para que al prenderla, el aire caliente los eleve. Éstos los aprendí a hacer en Villa de las Rosas.

En aquel tiempo yo cursaba el quinto o sexto año de primaria, y el balero y el trompo eran unos de nuestros juegos preferidos, especialmente el último. Y como en las bases del juego (formalmente establecidas por los propios participantes) especificaba que si perdías, el castigo consistía en que todos los jugadores picarían tu trompo para hacerle daño, lo que a veces provocaba que se rompiera. Entonces

decidí terminar con esto de una vez por todas construyendo un trompo de aluminio.

Eché manos a la obra y en el taller, con fragua y torno, fundí varios pistones usados para sacar el aluminio necesario y vaciarlo en un molde construido de arcilla en forma de trompo. Tuve que aprender a manejar el torno para darle el acabado final, y vaya que resultó difícil por la forma cónica de la pieza. Hoy escasamente recuerdo el manejo del torno, pero lo importante es que aquel trompo había quedado lo suficientemente bien, motivo de envidia de más de un amigo.

Aprovechando el impulso que traía después de haber hecho el trompo, decidí construir también mi balero de aluminio, que por cierto nunca fui bueno para las suertes requeridas en este juego. Con el trompo me defendía y aunque perdiera no me pasaba nada, lo que a mí me ocasionaba risa y coraje a mis amigos, pues decían que ese trompo contra-venía las reglas más elementales del juego.

En el tallercito fabriqué mis resorterías (*tirador* en el antiguo Tuxtla) y en la fragua del taller grande fundí el plomo que sacaba de los acumuladores viejos, con lo que fabriqué balines especiales para salir de cacería, ya que eran mejores que lanzar piedras.

En el tallercito fabricaba mis papalotes, entonces el papel más común, como sigue siendo en la actualidad, es el papel de china; utilizaba para la armazón un carrizo muy delgado y liviano, que casi ha desaparecido en la actualidad, llamado pituti y como pegamento una mezcla de harina de maíz con agua puesta al fuego, que se llama engrudo, en aquel tiempo no había pegamento con base en agua como el resistol blanco, lápiz adhesivo, etcétera, también utilizaba como pegamento una fruta silvestre llamada mazú; la cola la fabricaba con pedazos de tela entre tejida en un lazo delgado de henequén; en alguna ocasión mi padre me dijo que

por qué no fabricaba un farol de papel de china rojo, lo colocara en la cola de mi papalote más grande, y lo volara por la noche con una vela encendida.

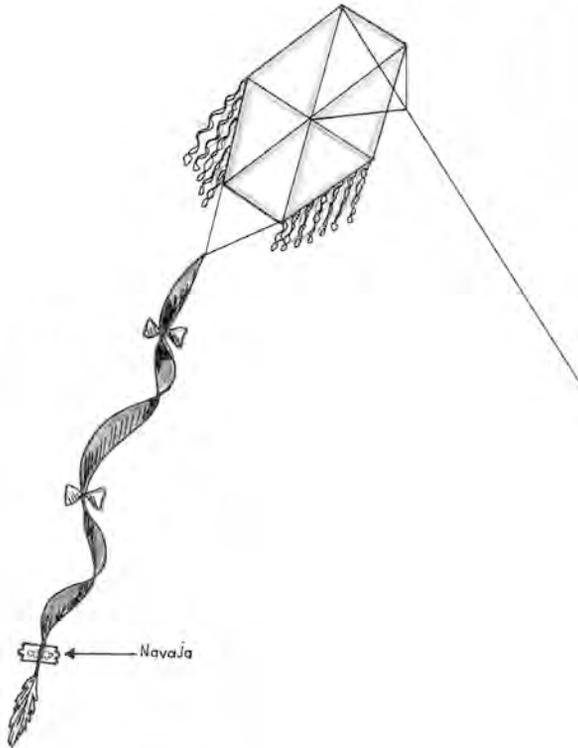
Para qué les cuento el trabajo que pasé para elevar, en la azotea de la casa y en la noche, un papalote con una vela encendida en la cola. Sin embargo, el esfuerzo tuvo su recompensa: ¡qué maravilloso era verlo volar por el cielo oscuro!

En una ocasión, un amigo de mi papá le preguntó si no había visto una luz rojiza que aparecía frecuentemente por la noche. Que él suponía con certeza, que esa luz era un platillo volador. Mi padre soltó una sonora carcajada y le dijo que era “mi papalote con farol”.

En aquellos años había un café muy popular que se llamaba Café Simall. Éste organizaba todos los años un concurso de papalotes en la temporada de viento, no recuerdo si en los meses de abril o mayo o durante la canícula de julio y agosto. Durante esas temporadas el mejor lugar para volar los papalotes era La Lomita, donde se encuentra ubicado el monumento a la bandera. Ahí acudíamos un gran número de niños a volar nuestras creaciones. Pero como siempre, no faltaba uno que otro *maloso* que le colocara a los papalotes una navaja de rasurar en la cola, para que en forma premeditada,



pero que pareciera accidental, cortara el hilo de otros papalotes, simplemente para hacer la maldad y provocar que los niños tuvieran que ir a recoger su papalote sacrificado.



En el concurso del Café Simall nadie llevaba navajas y todos nos esmerábamos en construir nuestros mejores papalotes para llevarnos un premio. Yo participé varias veces y recuerdo haber ganado un concurso con una paloma de aproximadamente un metro con ochenta centímetros de altura, fabricada con papel celofán amarillo y adornada con flecos. Bonita por cierto.



A principios de la década de 1950, en tiempo todavía de la escuela primaria, me gustaba ir de vacaciones a un pueblo que le llamaban Pinola, actualmente Villa de las Rosas. En aquel lugar no había luz eléctrica, tampoco carretera. Y para recorrer los aproximadamente treinta kilómetros que lo separaban de Comitán, o más bien dicho de un caserío denominado Chacaljocon, se necesitaba un vehículo de doble tracción, o bien hacer el recorrido a caballo desde Teopisca que era más o menos la misma distancia.

Fue hasta finales de esa década que la carretera fue construida por mi papá. Esta situación me daba la facilidad de ir a pasear al pueblo, y sobre todo asistir a su feria donde se soltaban globos de papel con estopa ardiendo. También había peleas de gallos, las que no me perdía por ningún motivo, pues como mencioné anteriormente yo también tenía gallos de pelea, los que hacía pelear sin navaja con los gallos de mi vecino o frente a un espejo, pues dichos animales no comprendían que eran ellos mismos reflejándose.

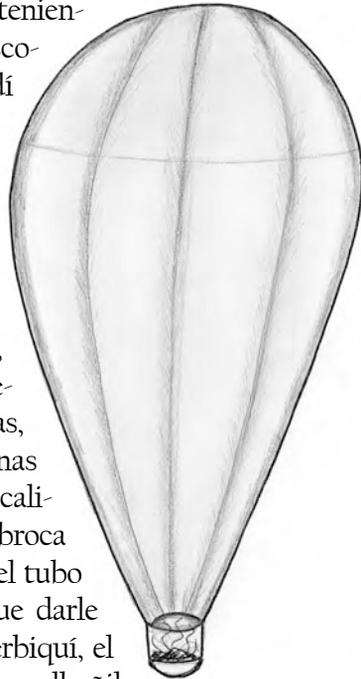
Los globos me llamaron mucho la atención, pues nunca los había visto de cerca y menos soltarlos. Pude comprobar

que para elaborarlos se requería de cierta habilidad. Interesado en ellos, me puse en contacto con un señor llamado don Temo para que me enseñara a confeccionarlos. En el espacio del tallercito fabriqué varios globos, y el más grande que hice fue uno que regalé a la iglesia de Guadalupe el cual soltamos un 12 de diciembre inolvidable. El globo tenía casi cuatro metros de alto y lo tuvimos que inflar con un ventilador, pues resultó insuficiente tratar de llenarlo de aire utilizando el sombrero o el soplador como convencionalmente se hacía.

Qué gusto fue verlo volar tan alto, hasta que lo perdimos de vista.

Jugar con cohetes y comprar pólvora en las ferreterías, como he referido antes, era normal. Siendo

aficionado a la cacería y no teniendo dinero, inspirado en las escopetas que había visto, decidí fabricar la propia. No sé de dónde, Pancho Oseguera, que era el herrero del taller, consiguió un cerrojo, parte importante de la mencionada arma y usando un sinfín de dirección de vehículo, fabricado con muy buen acero, y quitándole las puntas, logré hacer un cañón de buenas dimensiones. Para darle el calibre correcto, conseguí una broca larga para introducirla por el tubo de acero a la que había que darle vueltas por medio de un berbiquí, el cual conseguí prestado con un albañil que trabajaba en mi casa.



La empresa se complicó al romperse el berbiquí por tan esforzado empeño, y lo peor fue que debía pagar la exigencia del propietario que me la había dado en préstamo. Como no tenía un centavo y me era imposible cumplir con dicha formalidad. Por ello, pedí a Pancho que la compusiera y la devolví en el acto, sin que esto pudiera evitar que el albañil se quejara con mi papá.

Mi papá me preguntó qué había pasado y al explicarle se quedó impactado de que estuviera haciendo una escopeta. Me llamó la atención enérgicamente y le prohibió a Pancho que me ayudara a hacer este tipo de armas. Y por supuesto tuvo que pagar el berbiquí.

La fuerte afición por la cacería, actividad que actualmente repruebo enérgicamente, me provocó la idea de hacer la escopeta, porque mi rifle de munición después de tantos *porrazos* y malos tratos, fallaba mucho y era muy difícil darle al blanco. Éste era un rifle marca Benjamín Franklin, con mucha potencia, pues se cargaba con base en aire comprimido que se le inyectaba por medio de una bomba que traía instalada dentro de su diseño. Mientras más bombazos, más potencia. Era de fabricación estadounidense y los vendía don Amín Aramoni.

Ante el intento fallido de hacer la escopeta, dirigí mis pensamientos a la fabricación de un rifle de aire para reemplazar el que ya no servía. Desgraciadamente no lo terminé porque me fui a estudiar al Distrito Federal. Para ello, maneje dos ideas. La primera era llevar el depósito de aire en la espalda, conectado al rifle a través de una manguera, y de esta manera tener la opción de hacer muchos disparos sin cargar cada vez que se usara. Este aditamento posibilitaba eliminar la bomba pues, supuestamente, el depósito se cargaría de aire previamente en la ciudad, por medio de una compresora. La segunda era que el depósito fuera independiente y sirviera solo para recargar, idea que me gustaba

más pues el rifle era independiente al no estar conectado a manguera alguna.

Debo confesar que mi obsesión por la cacería me motivó a ser un experto tirador con la resotera, con la honda, con el rifle de munición, con arco y flecha. Con un poco más de años las armas de fuego: rifle y pistola, con las enseñanzas de mi padre, experto tirador, llegué a manejarlas como un profesional. Hoy todo esto forma parte del pasado pues el mundo cambió.

Por cierto, la honda es un artefacto que ha utilizado la humanidad, desde tiempos inmemoriales como instrumento de caza o arma. Se sabe de su existencia por el relato bíblico de David y Goliat, pocos conocen su manejo, es peligroso y debe ser supervisado por alguien que ya tenga experiencia. Puede lanzar piedras de regular tamaño a distancias de 150 a 200 metros y si una persona la llegara a recibir le causaría daños graves o inclusive la muerte.

No se logran tiros de precisión y menos a corta distancia, la mejor manera de lograrlos es al mismo nivel del tirador o a niveles superiores; para abajo es casi imposible acertar a algún blanco.

La honda, consta de una pequeña canasta ovalada con dos cuerdas que la sujetan en sus extremos, una la sujeta el tirador a uno de sus dedos y la otra con un pequeño nudo en su extremo la aprisiona con otros dos, una vez que ha seleccionado la piedra, busca su espacio de operación; la pone a girar encima de su cabeza y la lanza en la dirección deseada. Éste es precisamente el secreto de su manejo, hay que saberla lanzar, insisto en que no da tiros de precisión; yo la utilizaba principalmente para cortar frutas por la potencia que tiene. Anteriormente se fabricaban con cuero y cáñamo, en la actualidad hay vinilos muy resistentes y baratos que se pueden utilizar. Todavía conservo la que me tejó mi mamá

con aguja de gancho e hilo de algodón muy fino, bajo la supervisión de mi papá.

Por otra parte, desde que recuerdo haber visto en las películas las canoas indias, donde aparecía la muchacha o el muchacho remando en un lago muy bonito, se me quedó la idea de que en la primera oportunidad haría mi propia canoa india.

Con el paso del tiempo y teniendo la idea fija en la cabeza, en una ocasión vi en casa de un amigo una armazón de fierro parecida a una canoa. Ni tardo ni perezoso le dije que me la vendiera, operación que fue cerrada con el pago de cinco pesos. Como pude trasladé mi compra al tallercito.

El primer obstáculo fue con qué forrarla, pues supuestamente las canoas indias eran elaboradas de pieles de animales con brea. En la búsqueda de encontrar una posible solución, le consulté a mi papá y me sugirió forrarla con manta gruesa la que después debía cubrir con pintura para aviones con el objeto de sellar los poros de ésta, como las alas de los aviones, que por cierto ya conocía pues iba a cada rato al taller de aviación que se encontraba en el aeropuerto viejo de la ciudad.

La idea me pareció muy buena. Y así lo hice. Al final le di un color amarillo.

Ahora solamente faltaba probarla. Y ahí vamos todos los mecánicos del taller a la poza enladrillada, una de las más famosas que tenía el río Sabinal ubicada a la altura de la colonia Moctezuma. Mi canoa india tenía cierto parecido a un kayak, pues tenía un hoyo para meterse y sentarse sobre una tabla, con las piernas extendidas. El remo lo había fabricado doble para poder remar con ambas manos al mismo tiempo.

Llegamos todos a la poza enladrillada. Por supuesto que no quise ser el primero en subirme a la mencionada embarcación, por lo que pedimos a un muchacho llamado Braulio Mijangos que fuera el primero en navegarla. No estando

muy de acuerdo en subirse pero ante tanta insistencia de sus compañeros, abordó aquella memorable embarcación.

La canoa flotó muy bien sin que hiciera agua, pero por tener una línea de flotación muy alta era bastante inestable. En uno de los movimientos que hizo Braulio la canoa se volcó, y en lugar de procurar salirse de inmediato, se aferró con desesperación. En ese instante nos dimos cuenta que Braulio no sabía nadar. Ante tal problema, algunos mecánicos tuvieron que arrojarle al agua para sacarlo vivo y salvo. Así se dieron por terminadas las primeras pruebas.



En otra ocasión, en un balneario que había en Tuxtla denominado San Isidro, el cual después se llamaría Jardín Corona, tuve la oportunidad de disfrutar mi creación.

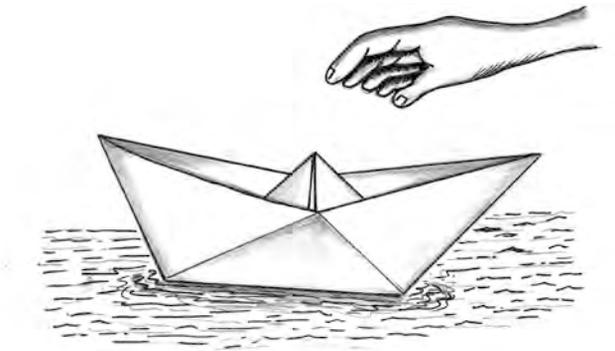
Yo cursaba el sexto año de educación primaria, cuando mi tío, Héctor Pedrero Ortiz, que vive en el Distrito Federal, me regaló un avión equipado con motor de control remoto para armar. Éste era un juguete que jamás en mi vida había visto. El modelo era totalmente de madera y se necesitaba de gran paciencia para armarlo.

En ese entonces me operaron del apéndice y para no aburrirme me dediqué a armar el avión. Éste era grande, al menos

de un metro de envergadura, avión que lamentablemente nunca voló por lo frágil que era para soportar el peso del motor. Más bien era un modelo de exhibición, por el gran trabajo que representaba armarlo pieza por pieza. Esta fue la única vez que tuve la oportunidad de armar un avión a control remoto.



En el tallercito también fabricaba mis barcos de vela para ponerlos en la alberca del Hotel Bonampak, y muchos barcos de papel para ir a jugar con ellos al río Sabinal.



Cursaba el primer año de secundaria y familiarizado con las velas, decidí instalarle una a mi bicicleta con el propósito de ahorrarme la *pedaleada* y llegar fresco y descansado a

mi destino. Este experimento no funcionó pues resultó difícil mantener el equilibrio con una bicicleta de vela.



En el Tuxtla de mi niñez realizábamos actividades lúdicas en diferentes épocas. Así había el tiempo del trompo, la canica, el gallito (cortadilla), el ligazo, la cerbatana, entre otros irrepetibles juegos. Este último juego coincidía con el tiempo del nambimbo, frutita de color verde que todavía existe y que servía de munición para esta actividad. Por supuesto que en el tallercito fabricaba cerbatanas de tubo. El material que más me gustaba era el cobre, el que se usa actualmente en las conexiones de gas, por ser más fácil de enderezar por sí se doblaba, pero también las hacía de fierro o aluminio. El tubo que utilizaba era de tres octavos pues coincidía exactamente con el diámetro del nambimbo.



Yo tenía aproximadamente diez años de edad cuando le regalaron a mi mamá dos niñas chamulitas. La mayor era un poquito menor que yo, y la otra todavía más joven, por lo que mi mamá aceptó solamente a la mayorcita. El motivo de esta acción, que en ese entonces no era raro, era la pobreza en que vivía esa gente y que no existía la planificación familiar, lo que provocaba que se llenaran de hijos y después los regalaran. De esa manera, llegó Lidia Hernández a formar parte de la familia, ir a la escuela y ser la nana de mi hermano Roberto, como parte de sus obligaciones.

Como era más o menos de nuestra edad, participaba en todos los juegos y actividades que realizábamos, y por supuesto tenía acceso y conocía las herramientas del tallercito. Esto me daba la facilidad de pedirle me llevara diversas herramientas a donde estuviera trabajando, lo que posibilitaba que yo le hiciera bromas diversas.

Una de ellas, por ejemplo, se daba cuando energizaba ciertas herramientas las cuales después solicitaba a Lidia, y cuando las tomaba, le provocaba un toque y para qué les cuento: gritaba y decía que nunca más me volvería a hacer favor alguno.

Ante esto, la amenazaba que no la dejaríamos jugar y entonces, cuando le pedía algo, llegaba y lo sacaba con un palito pues ya sabía que la madera no era conductora de electricidad.

Cuando mi familia se fue a vivir a México en 1957, Lidia se fue con nosotros. Allá le funcionaron muy bien sus hormonas y se fue con su novio en busca de su destino. Nunca la volví a ver.

El tallercito funcionó hasta que tuve trece años. A los catorce me mandaron al internado México de la ciudad de México. En Tuxtla se quedaron mis recuerdos de haber participado en concursos de disfraces de carnaval, donde una vez me saqué el primer lugar y me hice merecedor, como premio, a un pase por tres meses al Cine Alameda, el cual disfruté a más no poder.



Aquí estoy en el desfile de Carnaval de Tuxtla Gutiérrez, en 1953.

## PROGRAMA

Arkansas Traveler	F. Behr
Lullaby	" "
Tema del Concierto en Re de Beethoven	F. Behr
Adela Pedrón G.	
French Child's Song	" "
In May	" "
¡Oh! Vous dirais-je Maman	F. F. Tune
Au Clair de la Lune	" "
"Surprise" Symphony	J. Haydn
Long Long Ago	F. H. Bayly
Cajita de Música	Malaya Pedrero
Isabel Castañón M.	
Oberón	C. M. Weber
Musette	J. S. Bach
Tema de la Sinfonía incompleta de Schuvert	
María de Lourdes Chavarría A.	
Fiesta en Brasil	P. Tchaikovsky
El Sueño de la Niña Zoque	E. Castillo
Elena Castillo	Elena Castillo Morell
Elena Castillo Morell	

On Lie Beautiful Blue Danube	J. Straus
Clop Sticks vals,	
The Merry Farmer	R. Schumann
Marcha of the Lilliputians	P. Tchaikovsky
Teresita Morales Coello	
Vals (Faustó)	C. Gounod
El Sueño de Gertrudis Uals	L. van Beethoven
Danza Gitana	H. Lichner
Adelina Guillermina Corzo Ruiz	
Plegaria de una Virgen	T. Badarzewska
Serenata	F. Schubert
Lucía Morán C.	
Mimeto en Fa	W. A. Mozart
" " Sol	L. van Beethoven
Marcha (Norma)	Bellini
Aragonesa (El Cid)	Massenet
Gloria Amada Chavarría G.	
Playera	E. Granados
Adagio, Sostenuto, Sonata "Claro de Luna"	L. Beethoven
Juana Alegría N.	

**ESTUDIO BETHOVEN**

**CONSUELO L. VDA. DE ORANTES**

invita a Ud. a la

**AUDICION DE COMPROBACION  
EDUCACIONAL**

de un grupo de alumnas bajo mi dirección, que se  
llevará a cabo el día 15 del presente a partir  
de las 20 horas el Centro Social  
Francisco I. Madero.

Tuxtla Gutiérrez, Diciembre de 1994.

---

Cuadé  
A. Menzel  
3 Preludios No. 7.4.20  
F.F. Chopin  
En un Mercado Persa  
Katelvey  
Tarantella  
H. Pieczonka  
Vals  
Dureaud  
Luz Rojas

---

Mazurca  
Alfred Menzel  
Allegro y Andante de la Sonata en Sol  
W.A. Mozart  
Luis Pedrero P.

---

Tres valses sin interrupción  
F. Chopin  
Op. 69 No. 1  
Op. 69 No. 1  
Op. 70 No. 1  
Oratesco  
B. Schumann  
Malagueña  
E. Lecuona  
Malnye Pedrero

---

También se quedaba el recuerdo de los recitales de piano que había dado con mi hermana Maluye y otros compañeros en varios lugares, como el Centro Social Francisco I. Madero, un 15 de diciembre de 1954, a partir de las ocho de la noche, en el que interpreté *Mazurca*, de Alfred Menzel y *Allegro y Andante* de la *Sonata en sol*, de W. A. Mozart, en el Colegio de Niñas Fray Víctor María Flores, y sobre todo, en el salón más elegante de aquel entonces, el salón Azul y Plata del Hotel Bonampak.





Con la profesora de piano Consuelo López viuda de Orantes, y mis compañeras de clase, entre las que estaban, Fanny Culebro, Gloria A. López Orantes, Laura González, Lucía Morán, mi hermana Maluye y a mi derecha, mi prima Dolores Palacios Pastrana. Hotel Bonampak, diciembre de 1954.

## México, D.F.

**A** la edad de catorce años fue el tiempo en el que me mandaron como interno a la ciudad de México, precisamente al Internado México, a cursar el segundo grado de secundaria. Ahí, como parte de los trabajos manuales, aprendí a encuadernar. Al año siguiente mi familia se trasladó también al Distrito Federal, lo que posibilitó que yo fuera estudiante externo del Instituto México, y después de la Escuela Bancaria y Comercial.

Es importante mencionar que tanto el internado como el Instituto México estaban equipados con buenos talleres de encuadernación, ahí aprendí a hacer libros, además de física, electricidad y electrónica que acrecentaron mi conocimiento sobre estas materias que tanto me gustaban, conocimiento sobre todo de electricidad y electrónica que me fueron de mucha utilidad para instalar, años después en el Hotel Lacanja (que después fue Maya Sol), la discotheque el Ron Ron, la mejor de Chiapas en aquel tiempo, y posiblemente de algunos estados vecinos.

Por ironía de la vida, y por situaciones que no quiero recordar, estudié una carrera de contabilidad en lugar de una ingeniería que siempre había tenido en mente. Al paso de los años, no me arrepiento de esto pues la contabilidad despertó en mi una faceta de creatividad que no conocía, la creación de empresas, a la que me he dedicado durante toda mi vida profesional, y que me ha dado importantes satisfacciones como la oportunidad de crear empleos, de trabajar

por mi estado, el disponer de una situación económica estable y un reconocimiento de la sociedad como una persona honorable y trabajadora.



Siendo parte del coro del Internado México en 1956 tuve la oportunidad de cantar en lugares de tanta relevancia como lo es la Villa de Guadalupe

Mientras viví en la ciudad de México, mi única actividad relacionada con la mecánica era darle mantenimiento al automóvil de mi casa, o al de un amigo los fines de semana. Me inscribí en una escuela técnica para mecánicos con el objetivo de ampliar mi conocimiento, la cual abandoné al poco tiempo porque los cursos eran nocturnos y se me hacía muy complicado estudiar contabilidad en la mañana y mecánica por la noche. En ese tiempo empecé a desempeñar mis primeros dos empleos. Entre semana, después de ir a la escuela, trabajaba como inspector en la línea de autobuses urbanos Circuito-Hospitales-Cuarteles-Tlalnepantla, y manejaba frecuentemente los fines de semana a Tuxtla Gutiérrez, trasladando unidades nuevas para la agencia de

vehículos de mis padres, pues necesitaba un dinero extra para mis gastos.

Dejé de tocar el piano pues en el internado no existía la facilidad de estudiarlo, pero descubrieron mis dotes de tenor y canté durante dos años en los coros del internado y del Instituto México. Esto posibilitó que diera recitales en varias partes. Recuerdo la presidencia municipal de Tlalpan, y sobre todo, la Villa de Guadalupe.



## Bonampak

**M**i regreso a Tuxtla se da a principio de la década de 1960. Entré a trabajar a la agencia automotriz de mis padres denominada Pastrana de Pedrero, S.A., distribuidora de los productos Chrysler, y así volví a estar en contacto directo con el taller mecánico y con la mecánica misma. Durante esos años tuve mis primeros contactos con el turismo y empecé a conocer más el estado y a actuar como guía de turistas, lo que despertó en el interés y la curiosidad de viajar a otras partes del mundo. Por toda las Américas Hawái y el Caribe. Debo decir que me fascinaba acudir a los carnavales de Río de Janeiro, Brasil, al que tuve la oportunidad de asistir cuatro veces; también viajé por Europa, Norte de África, el Mediterráneo, Japón, y la fortuna de gritar ¡Mexico! en dos olimpiadas y cuatro mundiales de fútbol. Mi afición por el turismo me llevó a ocupar dos veces la Secretaría de Turismo del estado de Chiapas

Volviendo a mi estado, en 1963 visité la zona arqueológica de Bonampak con una amiga estadounidense llamada Linda McDowell, y quedamos tan prendados de la belleza de ese lugar inolvidable que decidimos regresar el siguiente año en una aventura mayor que consistiría en navegar el río Usumacinta, partiendo desde un campamento maderero denominado Agua Azul, visitar la zonas arqueológicas de Yaxchilán y Piedras Negras, y desembarcar en la ciudad de Tenozique, Tabasco. Sonaba descabellado y peligroso, al tiempo que interesante.

Al viaje que haríamos por avioneta, iríamos cuatro personas, mi amiga Linda, dos compatriotas de ella, y yo. No había manera de entrar a la selva por otro medio, lo que representó un problema pues debíamos llevar una lancha de lona inflable que era muy voluminosa y pesada para el avión, situación que me obligó a diseñar y fabricar una canoa más liviana que pudiera desarmarse y de esta forma cupiera en la aeronave.

La hice de tubos ensamblados asegurados con tornillos, forrada de lona y dos flotadores laterales fabricados con cámaras de llantas de automóvil, las cuales partí por la mitad y vulcanicé los extremos para que fueran más largas y le diera la estabilidad necesaria. La canoa tenía aproximadamente cinco metros de largo por noventa centímetros de ancho. Era muy liviana y en consecuencia no era tan resistente para emprender una aventura como la que teníamos en mente.



Probando la canoa en el río Grijalva.

Para convencerme del funcionamiento del equipo, y de esta manera probar su resistencia, y aprovechando que el río Grijalva estaba medio crecido, botamos la canoa al agua en Chiapa de Corzo para salir rumbo a Cahuaré.

No pasó la prueba. La necesitada embarcación resultó demasiado frágil. Entonces decidí comunicarles, a los tres americanos que irían al viaje conmigo, que era mejor rentar una canoa en el campamento de Agua Azul, donde había pista de aterrizaje, visitar Yaxchilán y regresarnos.

Cuando empezamos a planear el viaje a Bonampak, y se lo comenté a mi padre, éste se sintió sorprendido y al mismo tiempo preocupado pues éramos muy jóvenes para emprender una aventura de esa naturaleza, sobre todo a una zona desconocida, alejada y en medio de una selva que muy pocos habían visitado. Pero más allá de las recomendaciones recibidas, y quizá poco escuchadas, empezamos a recabar información y encontramos que había un campamento de trabajadores en la zona arqueológica de Bonampak con mujeres, en el cual estaba al frente el arqueólogo Raúl Pavón Abreu. Con estos datos de presencia poblacional nos tranquilizamos y seguimos con nuestro proyecto.

Llegado el tiempo vino mi amiga de Los Ángeles para ultimar detalles y decidir cuántos días estaríamos en la selva y de dónde saldríamos hacia aquel horizonte deseado. Después de una planeación sin complicaciones, decidimos permanecer seis días y salir de Comitán, para lo cual ya había yo hablado con el capitán Castellanos, respetado piloto particularmente por su conocimiento de la orografía de Chiapas, y por sus competencias profesionales requeridas en el arte de volar en aquel tiempo, quien nos llevaría en uno de sus aviones.

Despegamos, una mañana soleada que presagiaba tranquilidad, en una avioneta monomotor Cessna 180 que era

una de las más funcionales para pistas cortas. Pronto, después de las propias ordenanzas de un despegue cotidiano para nuestro versado capitán, bajo nuestros pies se presentó un manto verde, primero de bosque y después de selva interrumpido por lagunas de color verde turquesa intenso, sin vestigios de poblaciones humanas, y menos con signos de deforestación y deterioro ambiental como las que hoy lastiman la piel de nuestra naturaleza.

Llegamos, después de cuarenta y cinco minutos de vuelo, a una pista corta en medio de la vegetación exuberante que sólo el piloto conocía y podía encontrar. Aterrizó dando tumbos con el jadeo del motor en nuestros oídos y con el palpitante de nuestros corazones. Al fin se detuvo. Entonces, bajamos nuestra provisiones y equipamiento el cual consistía de dos hamacas con sus respectivos mosquiteros, repelentes, pistolas y cuchillos para cada uno, un machete y un rifle calibre 22 para lo que fuera necesario. En ese entonces la ley para portar armas de fuego era muy flexible y yo, un experto tirador.

Confieso, y lo recuerdo vívidamente como si fuera ayer, que cuando la avioneta despegó me sentí el hombre más solitario del mundo, pues el acuerdo era que nuestro contacto vendría por nosotros hasta dentro de seis días, y en ese entonces no había comunicación de ninguna especie hacia el exterior.

Absorto en mis pensamientos, de pronto se aparece un niño y nos dice:

—¿Van a visitar las ruinas?... Yo los puedo llevar. Son dos pesos por persona, y puedo ser su guía —nos conminó emocionado.

Esto nos volvió a la realidad. Le contestamos afirmativamente.

En el camino que recorriamos para ver las famosas pinturas de Bonampak, nos encontramos con el arqueólogo Pavón y con varios de sus hombres que estaban trabajando en la reconstrucción del sitio.

Después de admirar aquellos colores y trazos hechos por aquellas irrepetibles generaciones de mujeres y hombres, y a pesar de la opacidad por la capa de cal que había ido depositando la lluvia a través del tiempo, y que para observarlas más profundamente y a detalle había que humedecer aquella débil policromía para facilitar su apreciación, tuve la oportunidad y satisfacción de tomar fotografías de las pinturas originales. Actualmente han sido retocadas muy profesionalmente por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, porque cuando quitaron la selva que les daba sombra y humedad al edificio donde se encontraban, la capa de cal que las cubría se secó poniéndose completamente opaca lo que imposibilita apreciar tan magnífico trabajo.

Me siento orgulloso de haber estado en la zona arqueológica de Bonampak y de haberla conocido en su forma original y antes de su restauración.

Después de visitar aquella asombrosa zona arqueológica nos fuimos al campamento a buscar un lugar donde acomodarnos. Después de conocer al arqueólogo Pavón, éste nos ofreció un espacio dentro de su casa, lo que aceptamos con agrado pues teníamos donde colgar las hamacas y librarnos de los insectos.

Nuestra intención también era conocer Bonampak y sus alrededores y esto incluía visitar a los indios caribes en el Caribal de Lacanjá, actualmente Lacanjá Chansayab.

Es muy importante mencionar que las poblaciones indígenas que vivían dentro de la selva chiapaneca se autodenominaban caribes, posiblemente por la emigración maya

que hubo durante la conquista de la zona de Quintana Roo hacia las selvas de Chiapas buscando seguridad. La gente actual prefiere el nombre de lacandones, y en la actualidad prácticamente ya se olvidaron de la palabra caribe, pues para éstos los lacandones eran los que vivían en los linderos de la selva como Najá y Metzaboc.

Con la intención de visitar el Caribal de Lacanjá, buscamos un guía entre el personal que estaba trabajando en el campamento, ofreciéndose el “doctor” a llevarnos el domingo del fin de semana que se avecinaba, y por tanto no trabajaba. Acordado el apoyo, había que salir amaneciendo pues el recorrido aproximado era de diez kilómetros de ida y diez kilómetros de regreso, pues no pensábamos por seguridad pasar la noche fuera del campamento de Bonampak.

Llegado el día domingo que teníamos que partir, con el alba, camino al Caribal de Lacanjá, salimos Linda, el doctor y yo, llevando con nosotros, además de nuestro alimento, regalos para los caribes que consistían en tiros calibre .22, piedras para encendedor, pues los cerillos se humedecen, peines, espejos y baratijas para los niños. Durante el camino el doctor nos platicó que no hacía mucho que uno de ellos, que eran muy inocentes, había tratado de comprar a una mujer que había llegado con un grupo de arqueólogos y antropólogos a visitar la zona arqueológica, también que era su costumbre proporcionar a sus invitados una de sus esposas, mientras estuvieran con ellos, ya que solían tener varias viviendo dentro de la misma casa donde se reparaban los trabajos domésticos.

Y así, entre diálogos entrecortados por la respiración agitada por el trayecto y las condiciones propias de la zona, caminamos seguidos por una nube de insectos voladores

que a pesar del repelente y la ropa gruesa que llevábamos, no desperdiciaban oportunidad de alimentarse de nuestra anatomía, y el zumbido constante que producían al volar alrededor de nuestros oídos nos ponían al borde de un ataque de nervios; caminamos en el interior de una selva con árboles muy altos, los cuales, por su follaje, se observa que en la parte de abajo siempre está bastante limpio de vegetación pues la sombra impide el crecimiento de la flora, lo que facilita el caminar.

Durante el trayecto, cruzamos y sorteamos varios arroyos pequeños pero al llegar al río Lacanjá, observamos que había necesidad de cruzarlo en canoa, la cual estaba en el lado opuesto donde nos encontrábamos. Entonces, le pedí al doctor que fuera por ella y me respondió que no era buen nadador y que no podía hacerlo. Con esto no contaba, y la respuesta me puso nervioso porque nos había platicado que ese día iría solo a recoger unos juegos de arco y flechas que había mandado hacer, lo que me produjo la reflexión sobre qué hubiera hecho al encontrarse con esta situación.

Sin dudarle, decidí que yo fuera por la canoa, y le dije a mi amiga Linda en mi medio inglés que tuviera mucho cuidado pues tendría yo que cruzar el río sin la pistola y sin el cuchillo, y dejar el rifle, con la preocupación que estaríamos desprotegidos y en manos de una gente desconocida en medio de la selva.

El río Lacanjá era de un color verde turquesa intenso y abrumador, como todas el agua en la Lacandonia. Tendría aproximadamente treinta metros de ancho, de agua en apariencia tranquilas, las cuales, en la parte alta formaban una pequeña cascada. Me arrojé al agua fresca y nadé tan rápido como un campeón olímpico, o como un nadador impulsado por el temor del agua desconocida y por estar completa-

mente indefenso. Llegué a mi destino y sin perder tiempo me subí a la canoa y remé fragoroso de regreso.

Afortunadamente mi temor había sido solamente eso.

Llegamos al Caríbal de la Lacanjá entrada la mañana donde tuve la oportunidad de conocer a Obregón, José Pepe y Jiley, entre los más conocidos. Este último hijo del fotógrafo Giles Healy, estadounidense que fue el primero en retratar y dar a conocer las pinturas de Bonampak cuando fueron descubiertas por Carlos Frey en 1946. Después de convivir un rato con ellos emprendimos el camino de regreso, no sin antes ofrecerles todas las provisiones que nos sobrarían si nos visitaban en el campamento de Bonampak el día que partiéramos de regreso a casa.

Llegó el día de nuestra partida.

A muy temprana hora los primeros en estar listos eran Obregón, José Pepe y Jiley en espera de recibir lo ofrecido en días pasados. Me llamó la atención que Obregón llegó montando un caballo que a leguas se veía que no era ni muy fino ni muy joven. Nos pusimos a platicar y a obsequiarles nuestras hamacas, mosquiteros y provisiones que nos habían sobrado y que ya no necesitaríamos. También pude observar que Jiley veía insistentemente a Linda y le decía palabras en su dialecto que nosotros no entendíamos.

No pude menos que recordar la anécdota platicada por el doctor respecto a que uno de ellos había tratado de comprar a una mujer años atrás. Decidí entonces seguirle el juego y le dije:

—¿Te gusta la mujer?

—Sí, me respondió.

—¿Te la vendo!

—¿Cuánto querer?

Entonces le dije:

—Dame cien juegos de flechas...

—¡Ahh muy cara!... Yo dar sesenta y no tengo. ¡Tener que fabricar!

—¡Mírala bien..! —le dije. Es güera de ojos azules. Pero de cualquier manera, no hay tiempo de que yo te espere... respondí.

—Te la cambio por mi caballo, dijo Obregón, interviniendo de pronto.

—Me gusta tu caballo. Y me parece un buen trato. El único problema es que no tengo cómo llevarme el caballo, pues éste no cabe en el avión.

—Tú no preocupes. Yo aquí cuidar caballo cuantas veces vengas —muy ceremonioso me respondió.

Linda que hablaba un español casi perfecto decidió que ya era tiempo de suspender la broma y exclamo:

A ver, a ver... ¡Yo no estoy en venta! Tengo una casa y una familia a donde regresar...

Creo que fue lo mejor, pues estábamos a punto de reírnos y no era bueno ofender a nuestros amigos caribes, pero les confieso que ha sido una de las anécdotas más interesantes de mi vida.

El tiempo pasó volando y los recuerdos de la buena aventura fue tema recurrente de muchas conversaciones, y sin darnos cuenta ya estábamos planeando el viaje a Yaxchilán. Había pasado un año y ya estaban listos y dispuestos mi amiga Linda McDowell y sus connacionales John Mcfall y Tim.



Aquí estamos en el Caribal de Lacanjá (actualmente Lacanjá Chansayab), Chambor, José Pepe, Linda, Jiley y yo.

## Yaxchilán

El equipo por persona que llevamos para esta aventura era igual que el del viaje a Bonampak con excepción de tantas armas. Lo único que portaba en lo personal fue mi pistola, un rifle 22 y adicionamos una cámara de cine, por separado de las cámaras fotográficas. Salimos del campo de aviación de Comitán en una avioneta Cessna 180 al mando del mismo capitán Castellanos, pues él y sus pilotos eran grandes conocedores de la selva y podían aterrizar en las pistas más pequeñas perdidas en la Lacandonia. Llevábamos con nosotros 30 litros de gasolina para proporcionársela al lanchero que nos llevaría del campamento de Agua Azul a Yaxchilán, pues había investigado que era más importante tener combustible que dinero, y aunque se pagara un alto precio por el viaje, no hay combustible donde comprar.

Permaneceríamos en la zona cinco días, más que suficientes para conocerla ya que ahí no había indígenas ni otra cosa por hacer. No pude soslayar el hecho de observar la gran cantidad de piezas arqueológicas empaquetadas, a orillas de la pista de aterrizaje, para su supuesto traslado al Museo de Antropología e Historia de la ciudad de México, que estaba en ese tiempo de 1964 en construcción.

Salimos al otro día muy temprano en el marco de un espectáculo que todavía recuerdo vívidamente. La niebla estaba a una altura de dos metros arriba del río y nosotros

surcábamos las aguas debajo de ellas acompañados de una serenata de saraguatos impresionante. Llegamos a Yaxchilán después de más de una hora de navegar agua abajo. Bajamos nuestras pertenencias y montamos un pequeño campamento, siempre bajo la mirada acuciosa de un guardia solitario que cuidaba celosamente la zona arqueológica.

Nadie había trabajado ni tocado a Yaxchilán. La selva invadía todos los espacios y crecía sobre las construcciones precolombinas, los únicos que habían llegado a sacar estelas y dinteles con los mejores gravados era el personal que estaba construyendo el Museo de Antropología e Historia de la ciudad de México, razón de las cajas que estaban en el campamento de Agua Azul, y asunto confirmado pues el guardia platicó que se habían llevado mucho material arqueológico y que había una estela que llamaban La Reina la cual no habían podido llevársela por su tamaño, ya que todas las piezas eran transportadas en canoas hacia la pista de aterrizaje de Agua Azul, y que estaba muy preocupado porque no le firmaban ningún papel que amparara el retiro de ese patrimonio.

Permanecimos dos o tres días explorando la zona arqueológica, donde los insectos se dieron un banquete con nosotros a pesar del repelente y el grosor de nuestra ropa que nos protegía bastante bien. Las noches fueron muy largas, y acompañadas de esos bichos incansables que se metían dentro de los pabellones o nos picaban a través de la hamacas, lo que hacía casi imposible dormir. Pero eso era parte de la aventura y estoicamente la soportábamos con gusto. A la hora de lavar los platos siempre votábamos quien lo haría, y por supuesto que habiendo tres hombres, Linda fue la designada durante todos los días para hacer estos menesteres.

Durante este lapso volví a probar los bejucos que contienen agua que ya casi no existen en la actualidad, porque hay que cortarlos para poder extraerles el líquido de su interior. La primera vez que los probé fue en Bonampak.

Una mañana temprano llegó la lancha por nosotros para emprender el viaje de regreso ya que nuestro tiempo estaba por terminar, y la avioneta vendría a recogerlos al siguiente día temprano. Es muy importante aclarar que la lancha de la que he estado hablando no era como todas las que conocemos actualmente. Éste era un cayuco de los que se fabrican vaciando y dándole forma al tronco de un árbol, para esto es necesario cortar un árbol de una madera dura y de gran tamaño para que al darle forma y vaciarlo a golpe de hacha, surja de ahí el cayuco que tenía en mente el constructor.

Regresamos a Tuxtla Gutiérrez con todas las cicatrices que nos dejaron las picaduras de los insectos pero felices de la aventura emprendida, y con muchas fotografías y suficiente película de la que después de revelarlas logré hacer un cortometraje de veinte minutos donde se captaba toda nuestra aventura, y la gran cantidad de cajas con piezas mayas que serían trasladadas a la ciudad de México. Durante esos días me encontré al arquitecto Rogelio Cárdenas, papá de unos amigos, y en la plática le comenté que yo había regresado hacía poco de Yaxchilán y que me había impresionado el gran número de piezas que habían sacado de la zona arqueológica. Me confesó que él estaba encargado de esos trabajos y que tenía razón en preocuparme, porque ya se había extraído material en exceso para las necesidades del museo. A raíz de esta plática decidí presentar mi película al gobernador, que entonces era el doctor Samuel León Brindis, quien después de enterarse del asunto, envió un telegrama al presidente de la República, que era el licenciado

Adolfo López Mateos, solicitándole se detuviera la extracción de los tesoros arqueológicos de Chiapas, como así fue.

Años después, en 1996 siendo gobernador del estado de Chiapas el licenciado Julio César Ruiz Ferro, y estando yo trabajando al frente de una constructora, que tenía con mi hermano Roberto, en la construcción de la carretera fronteriza del sur, asistí a una reunión en la ciudad de Palenque donde se presentaba el programa carretero del estado de Chiapas, y la cual encabezaba el secretario de comunicaciones y trasportes, ingeniero Carlos Ruiz Sacristán. En esa ocasión, después de efectuarse la reunión, partimos al recorrido de la fronteriza del sur deteniéndonos en el campamento militar de Chancalá donde se expusieron los pormenores del proyecto. Ahí, unos de los ingenieros presentes, le pidieron al secretario y al gobernador se autorizara un ramal carretero a la zona arqueológica de Yaxchilán, tal como se estaba haciendo a la zona arqueológica de Bonampak. Entonces, esperé el momento propicio y pedí la palabra para exponer que sería un error si se construía dicha carretera, pues al hacerlo convertiríamos a Yaxchilán en una zona arqueológica más, como las que ya existen en todo el mundo maya. Que lo interesante de visitar este sitio era el recorrido de casi una hora por el río Usumacinta, desde Frontera Corozal hasta la zona arqueológica, y que turísticamente lo ideal sería pavimentar el tramo de la carretera Fronteriza del Sur a Frontera Corozal. A estas ideas, sustenté mi planteamiento con cifras de los turistas que habían hecho este recorrido durante los últimos meses, y quedaron tan convencidos que en ese momento se autorizó mi petición, lo que permitió el desarrollo turístico de Frontera Corozal y que la visita de la zona arqueológica de Yaxchilán siguiera siendo especial dentro del mundo maya.

Me siento orgulloso de haber contribuido en la grandeza y conservación de esta gran ciudad maya: Yaxchilán.



Aquí estoy junto a la Estela La Reina (actualmente Estela XI) 37 años después de que denunciara ante el gobernador del estado Samuel León Brindis, la extracción desmedida por parte del INAH de piezas arqueológicas para surtir al Museo de Antropología e Historia, que se encontraba en construcción. Gracias a la oportuna intervención del gobernador se detuvieron estas acciones.

Existe una inscripción al pie de la estela, que entre otras cosas dice:

Tras un fallido intento de ser llevada al museo nacional de antropología en 1964 y después de varias aventuras en el río Usumacinta hoy está de regreso en el sitio. Es el mejor ejemplo de los monumentos escultóricos de la época de Pájaro Jaguar. IV (752 hasta 752 d.C.)



## La década de los años 60

La década de 1960 fue para mí la de los 20 años. En esta etapa de mi vida, además de mi inquietud, curiosidad y creatividad agregué un elemento que me dio muchas satisfacciones: lo social y todo lo que implica ese mundo de interrelaciones.

Como dije anteriormente, empecé trabajando en la agencia Chrysler que tenían mis padres y con el objetivo de conocer el negocio desde abajo, entré como cobrador el 2 de enero de 1961 y fui ascendiendo y capacitándome en diferentes puestos. Así fue que desde cobrador pasé hasta gerente de crédito y cobranzas, luego fui gerente de taller, posteriormente gerente de refacciones, vendedor y gerente de ventas. Para el mejor desempeño de mi trabajo tomé un sinnúmero de cursos como el que me convirtió en el ajustador de las llantas Firestone, las cuales distribuíamos en el estado, y mi último paso fue convertirme en gerente general de la distribuidora Chrysler que instalamos en Tapachula.

En 1962, a la edad de 21 años, me incorporé al naciente Cuerpo de Bomberos de Tuxtla Gutiérrez donde estuve hasta finales de 1970, primero como bombero raso y después con diferentes rangos hasta llegar a comandante y responsable de la institución; estudié y di clases acerca de las diferentes técnicas de apagar incendios, así como también di instrucción militar, por separado del entrenamiento en judo y defensa personal, disciplinas que había aprendido en la ciudad de México. En esa corporación fui el primer bombero voluntario

del primer cuerpo de bomberos de Chiapas, además participe como voluntario en las labores de la Cruz Roja.

La ayuda del gobierno del estado al naciente cuerpo de bomberos era muy reducida, nos facilitaba un local y pagaba el sueldo a tres bomberos, que prácticamente vivían en la estación, eran los encargados de hacer sonar la alarma y comunicar a los voluntarios que había un siniestro y que era necesaria nuestra presencia, los demás gastos como luz, gasolina, mantenimiento de las unidades, etcétera, eran cubiertos por el patronato.

Al pasar los años el patronato se disolvió y como era el comandante recayó en mí la responsabilidad de conseguir los fondos para cubrir los gastos que la corporación demandaba. Reforcé el programa de donaciones de particulares y empresas a través de los bancos y como la unidad número dos que era una pipa para transportar agua con capacidad de 6 mil litros con una bomba de gasolina instalada en la parte trasera, tenía muy poco uso, ya que en aquel tiempo de los años 60, los incendios eran muy esporádicos y pequeños y se cubrían con la unidad número uno que era de ataque rápido, decidí empezar el negocio de venta de agua, pues algunas personas o empresas nos solicitaban este servicio, el costo del “pipazo” era de \$25.00 pesos, llegamos a tener mucho éxito y por consiguiente muy buen ingreso; de esta manera inicié el negocio de venta de agua en pipas que muchos imitaron y que todavía existe en Tuxtla Gutiérrez.

Esta idea se la di al naciente cuerpo de bomberos de Tapachula, llevándola a cabo; también tuve la fortuna de tener una pequeña participación como asesor en su formación, surtir y supervisar la construcción de una pipa para agua con su bomba de gasolina instalada en la parte posterior, similar a la que teníamos en Tuxtla en el H. Cuerpo de Bomberos.



16 de septiembre de 1962. Nace oficialmente el H. Cuerpo de Bomberos de Tuxtla Gutiérrez con el abanderamiento del mismo, en la gráfica el Primer Comandante Eugenio Rangel me entrega la bandera que a su vez se la había entregado el gobernador constitucional del estado Samuel León Brindis, a mi derecha Javier Padrón Grajales, a mi izquierda Fernando Balboa Junco, también integraban la escolta José Luis Zebadua Maza, Alfonso de Alba Zermeño y otro que escapa a mi memoria. También formaron el grupo de bomberos fundadores Manlio Culebro Rincón, Humberto Balboa, Miguel Tello Marín, Jaime Moreno, Gustavo Serrano Anza, Luis y Manuel Benítez Cano, Jorge López Calderón, Miguel Serrano Pino, Pedro López Ayanegui, Arturo Lara Burguete, José Luis Pacheco, Salvador Soto de la Torre y Sergio Mora.

En la Navidad de ese mismo año observando el arbolito natural que había comprado mi papá con el objetivo de adornarlo para las fiestas decembrinas, me di cuenta que traía un anillo que decía “Importado” le pregunté a mi padre de dónde venían los pinos navideños y me contestó que de Canadá, inmediatamente me salió la idea de sembrarlos en un terreno

que teníamos en San Cristóbal pues me parecía que sería un buen negocio, mi padre me ayudó a conseguir semilla en la Secretaría de Agricultura y Ganadería y empecé un almacigo tal como lo tenía planeado; desgraciadamente la semilla era Canadiense y no estaba aclimatada o tal vez no en buenas condiciones, pero el resultado es que nacieron muy pocos arbolitos y el negocio no funcionó. Otra razón que pudo haber influido en la poca fertilidad de las semillas, es que los chiapanecos relacionamos frío con altura y la mayor parte de Canadá son tierras bajas y posiblemente las semillas vinieron de esas zonas y les afectó la altura de 2 mil 200 metros que tiene San Cristóbal, situación que comprendí años después.

En 1965 fundé mi primera empresa en sociedad con dos amigos que se llamó Cart Rent de Chiapas, por cierto la primera empresa arrendadora de autos en el estado. Esta idea nació porque no había el servicio de renta de automóviles sin chofer, tan popular en el resto del mundo y en otras entidades y lugares turísticos del país. En ese entonces existía un artículo en el Reglamento de Tránsito del Estado que prohibía manejar autos con placas de Chiapas a personas con licencias expedidas en otras entidades.

Esta situación ocasionaba una serie de infracciones a las personas que rentaban nuestros servicios. Por ello, a pesar de reiteradas solicitudes a la autoridad de tránsito, ésta nunca nos dio el permiso para operar sin contravenir el artículo mencionado, el cual nunca logramos eliminar del reglamento de tránsito a pesar de contar con argumentos sólidos, como el que esta clase de servicio ya se daba en otras partes de México.

Logramos trabajar durante varios años porque el gobernador José Castillo Tielmans era mi pariente, y ordenó que no nos molestaran a pesar de las presiones de los taxistas que amenazaban con un paro estatal si no clausuraban la empresa, que por cierto tenía un parque de ocho automóviles.

En la década de 1960 se tenía que pedir permiso para todo y había un control de precios muy rígido por parte del gobierno, medidas por las cuales México cayó a un nivel de incompetencia mundial que después tuvimos que pagar con la apertura comercial en los años venideros.

Mi participación en Cart Rent de Chiapas la vendí a mis socios cuando me fui a vivir a Tapachula, a principio de 1971.

En 1966 y parte de 1967, haciendo las veces de ingeniero, terminé la carretera que va de Ocozocoautla a la presa de Malpaso (Apic-Pac) al frente de la constructora de mi padre a quien le había dado un infarto. Aprovechando la belleza del lugar, inicié una actividad turística de renta de lanchas y deslizadores, que tuve que quitar al poco tiempo por problemas políticos. En esa época también empecé a hacerme cargo del pequeño rancho que tenemos en el área de Pujiltic, donde he incursionado en la agricultura, ganadería, apicultura y fruticultura, hasta la fecha.

También en ese tiempo estudié la posibilidad de sembrar fresas, pues aunque parezca extraño en Chiapas no se producen a pesar de tener magníficas tierras para este cultivo, después de hacer un estudio, llegué a la conclusión de que las mejores se encontraban, en el área de Villa de las Rosas, Comitan, Ocosingo y San Cristóbal, pero por su cercanía a centros de población existía el peligro del robo nocturno y había que implementar medidas de seguridad al respecto, por lo que decidí no incursionar en esta actividad.

Por cierto, a principio de 1990 cuando era apicultor se hablaba mucho que la abeja africana estaba entrando a nuestro país por la frontera de Guatemala y que su agresividad pondría en peligro a personas, a la apicultura de Chiapas y del país, comentando sobre este tema con el profesor Aurelio Tirado Pérez, experto apicultor y que se dedicaba a la compra y venta de miel e insumos para esa actividad, convenimos que

invitaría al secretario de Agricultura del Estado, licenciado Marco Antonio Bezares Escobar, para que conjuntamente le hiciéramos un planteamiento de cómo combatir a la abeja africana; pasé por el secretario Bezares y nos fuimos a las instalaciones del profesor Tirado y ahí le comentamos que la única manera de evitar que las colmenas se africanizaran totalmente, era que el estado pusiera un criadero de abejas reinas italianas con el objeto de que se renovaran anualmente todas las abejas reinas existentes en las colmenas, con esto se lograría que siempre estuviera presente en los apiarios genética italiana que es menos agresiva, el Secretario tomo la idea y estableció el programa que le habíamos sugerido. Con la revuelta zapatista y aprovechando el caos social que generaron, fueron invadidos muchos ranchos, entre ellos el mío, y se llevaron mis abejas, a partir de ese entonces no he vuelto a ser apicultor, ni estoy enterado qué pasó con el programa de abejas reinas italianas.

En esos años de creación de empresas, analicé la posibilidad de instalar un autocinema, cines bastantes populares en esa época, pensaba instalarlo en un terreno que acababa de adquirir y en el que actualmente se encuentra el Liceo José Vasconcelos, los estudios me indicaron poca rentabilidad y una gran dificultad para conseguir películas de estreno, por lo que lo deseché.

Buscando siempre negocios, observé que el panteón municipal estaba llegando a su punto de saturación y se me ocurrió poner uno privado, en esos años no se usaban los crematorios ni habían nichos, las leyes y reglamentos entonces eran muy ambiguos y no contemplaban panteones privados, el problema principal era que para entregarlo al ayuntamiento y volverlo municipal tenía que estar lleno, lo que significaba hacer una labor de preventa muy amplia con el objeto de llenarlo y entregárselo al ayuntamiento en

el menor tiempo posible, pues la gente no estaba acostumbrada a pagar mantenimiento; ante esta situación preferí no meterme.

También hice estudios para instalar una fábrica de ladrillos en la Ribera Cupía, sería totalmente mecanizada y de mayor calidad a los que se fabrican de manera artesanal en Chiapa de Corzo, desgraciadamente la diferencia de precios era muy alta porque a una industria establecida le repercuten muy fuerte los impuestos, cargas impositivas que los artesanos de Chiapa no pagan, y el mercado era muy reducido para el tipo de ladrillos que se pensaba fabricar, por lo que el proyecto se quedó guardado para un tiempo mejor.

Años después otro empresario desarrolló la misma idea, fracasando al poco tiempo.

En 1968 fundé Carrocerías Chiapas, mi primera industria dedicada a la fabricación de carrocerías para camiones, la cual nunca prosperó del todo, las otras distribuidoras de marcas amigas no querían comprarme, ya que era de la competencia. Terminé vendiendo la empresa a Paco Lazos, empresa que todavía existe y Paco también. Ésta fue la primera industria de carrocerías metálicas en el estado en donde diseñé una roladora para darle un terminado diferente a la lámina que se instalaba en los laterales de la carrocería.

Recuerdo bien que una mañana estaba trabajando en mi escritorio y llegó mi amigo Carlos León Mendoza a saludarme. Él, siendo director de tránsito, nos dio licencias a los chamacos de aquella época aunque no tuviéramos edad para manejar, aunque en verdad para entonces todos conducíamos muy bien, porque el gusto y la experiencia de manejar un vehículo había iniciado desde que éramos pequeños.

Actualmente, dirían los *chavos*, Carlos León sería un director “muy buena onda”, pero la verdad es que era muy condescendiente y nos quería a todos. Pasaron los años y

seguimos siendo amigos. Por tal razón pasaba a visitarme a la oficina de vez en cuando.

Esa mañana en particular me encontró molesto. Me dijo ¿qué te pasa? Le contesté que acababa de tener una discusión con un señor de *Coita* pues me había hecho un trabajo de mala calidad en la carrocería de un camión que le había enviado para su compostura, y que desgraciadamente él era el único que hacía y componía carrocerías en esta zona, y que además no era la primera vez que me incumplía.

Esta situación me había puesto a pensar en poner una fábrica para surtir las carrocerías de los camiones que nosotros vendíamos y ofrecérselas también a los distribuidores de otras marcas en el estado. Desgraciadamente para ese momento no había madurado la idea del proyecto, pero estaba seguro que lo haría en la primera oportunidad.

En ese momento Carlos me dijo ¡vamos poniéndola juntos! y empezamos en el taller de carpintería que tengo en Juan Crispín. Así empecé los trámites para la constitución de la empresa y de esta manera arrancó Carrocerías Chiapas, S.A. de C.V., empezando a fabricar y a reparar carrocerías de madera y luego metálicas. A los dos años decidimos separarnos. Le compré a mi socio su parte e incorporé a la empresa a mi hermano Roberto.

En esa década viajé por medio mundo. Me fui a estudiar inglés a la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts. De regreso y por un tiempo, di clases de inglés en un grupo privado para reafirmar lo aprendido; participé en carreras de *go karts*, motos y autos en los que gané varios trofeos. Mi favorito es el único trofeo presidencial en Chiapas otorgado por el licenciado Adolfo López Mateos, el cual obtuve por haber ganado la carrera Comitán-Tapachula, que se organizó para inaugurar la carretera Arriaga-Tapachula en 1964.

Mi meta económica la rebasé al hacer mi primer millón de pesos. Y mi vida sentimental era intensa. Como si no tuviera nada que hacer, organicé los carnavales de Tuxtla Gutiérrez en 1968 y 1969. En 1970 murió mi padre y fundé la Constructora Pedrero, S.A. de C.V., y empezamos a expandir Pastrana de Pedrero, S.A. de C.V. A principios de 1971 cambié de residencia a la ciudad de Tapachula. Y ahí se dio inicio a otra historia.



Trofeo obtenido en la inauguración de la pista de *go karts* de Tuxtla Gutiérrez en 1961.



En la gráfica, aparezco con mi copiloto, Fernando de Buen y el trofeo otorgado por el presidente Adolfo López Mateos, con motivo de haber obtenido el primer lugar en la carrera de inauguración de la Carretera Costera en 1964. Este evento fue organizado por mi amigo Antonio Valera Saa y otros colaboradores.

## Tapachula

**M**i residencia en Tapachula, que fue planeada por un corto tiempo, se prolongó por diecisiete años. Fue una de las etapas más placenteras de mi vida.

Recién llegado a la Perla del Soconusco a principios de 1971 me concentré en la creación de la empresa REL Motors, S.A. de C.V. que formamos conjuntamente con mis hermanos Roberto y Enrique, de triste memoria. Por eso el nombre de REL, la cual era concesionaria de los productos Chrysler en esa zona. Después de constituir la sociedad me aboqué a la construcción del edificio que estaba ubicado en la manzana de la Cuarta Avenida Sur y Catorce Poniente. Esta empresa funcionó muy bien hasta 1987, la cual por motivos de salud y por convenir a mis intereses, se la vendí al señor Ricardo Nauman.

Después haber cambiado mi residencia a Tapachula y estar al frente de una distribuidora de automóviles, prácticamente absorbía la totalidad de mi tiempo, además tenía que viajar a Tuxtla para supervisar la fábrica, el rancho, la constructora y viajar frecuentemente a la ciudad de México para arreglar asuntos de la Chrysler. Esta actividad me permitió participar en la Asociación de Distribuidores Chrysler, en varias ocasiones como delegado de la zona sur, además de formar parte del consejo de administración de la empresa Planfia, S.A. de C.V., que todavía se dedica a vender automóviles por autofinanciamiento, de la transportadora, del comité de publicidad y de varias empresas que formaban parte de dicha asociación.

Tratando de ampliar mis negocios en Tapachula y viendo el potencial que tenía la producción de huertas de mango Ataulfo que sumándole la de miles de árboles de mango criollo que existen de manera natural en la costa y centro del estado, cuya producción se desperdicia casi en su totalidad, decidí hacer un estudio de factibilidad para la instalación de una industria que fabricara jugos, néctares, mermeladas, concentrados para refresco, alimento para ganado, etcétera; el resultado del estudio fue muy interesante, muy rentable en época de cosecha pero insostenible fuera de esta por la falta de materia prima, lo que obligaría a buscar alternativas para subsistir, complicando su operación, por lo que decidí no incursionar en esta actividad.

En ese tiempo se empezó a mencionar mucho del enorme potencial que tenía la costa del estado de Chiapas para la instalación de granjas camarónicas, producto que tiene problemas mínimos para su comercialización y eso lo hace sumamente atractivo, todos sabemos que el principal problema de la producción es precisamente su venta, y teniendo ésta asegurada la actividad puede realizarse más fácilmente.

Me puse a estudiar los pros y los contras, pues ya una familia Martínez de Tapachula había instalado una en el área de Pijijiapan aún con resultados no muy claros a pesar de haber traído técnicos tailandeses que entonces eran los que tenían la mejor tecnología del mundo para producir camarón en granjas; investigando, estudiando, preguntando, etcétera, llegué a la conclusión que el negocio no estaba nada fácil, todavía era más barato pescarlo que producirlo, no se disponía de personal calificado, había mucha contaminación por insecticidas, herbicidas y demás productos químicos que se usan en la ganadería y agricultura los cuales son arrastrados en tiempo de lluvia conjuntamente con grandes cantidades de lodo contaminando los estanques y matando

las larvas de camarón, además del robo hormiga muy popularizado en la región; todo esto me hizo pensarlo dos veces y decidí no incursionar en este negocio. Han pasado muchos años desde entonces y esta actividad todavía no despega, creo que no me equivoqué en mis apreciaciones.

Durante esos años, el gobierno mexicano estaba por demás estricto en el control de divisas y había restringido la importación y venta de productos y automóviles que consideraba de lujo. Cuando recién llegué a Tuxtla a principio de la década de 1960, tuve la oportunidad de tener un vehículo convertible usado, y lo máximo para mí fue haber estrenado el primer Valiant Acapulco convertible modelo 1966, que aunque ya había salido desde 1964, éste estaba mejorado y con el toldo de lona automático. Era un carro muy bonito que despertó en mí la pasión por los convertibles que todavía conservo.



Con mi amigo Rafael Corzo en el Valiant Convertible Acapulco 1966.  
Al fondo mi casa en la col. Moctezuma.

Como en la década de 1970 ya no existía este tipo de automóvil, decidí fabricar uno, o un Hot Road que también me llamaba muchísimo la atención en aquellos años. La oportunidad se me presentó cuando mi amigo Armando Lugo Pfeiffer sufrió un accidente, del cual afortunadamente salió ileso, pero el Mónaco 1974, dos puertas, en el que viajaba, fue pérdida total. No obstante, pedí comprárselo. Hecha la transacción, llevé los restos del vehículo a Tapachula pues el accidente había sucedido en Tuxtla Gutiérrez.

Allá empecé a planear la forma de hacerlo convertible, trabajo bastante complicado porque era un vehículo grande que no tenía chasis, y a la hora de cortar el toldo había que construirle uno, para que el vehículo no perdiera la rigidez que esta pieza le proporcionaba. Por supuesto que instalarle una capota era muy complicado, además de perder su estética, decidí que se quedara convertible permanentemente. Para salir a pasear por las tardes había que estar muy pendiente que no lloviera, y si esto sucedía había que correr a guardarlo para no mojarse.



En Puerto Madero, mi amigo Manuel Llera Tejada y el Mónaco convertible que fabriqué en Tapachula.



Esquina de la Novena Sur y Octava Oriente de Tuxtla Gutiérrez.

Los convertibles volvieron a salir hasta 1984 y fueron fabricados por una empresa que copió la tecnología de los Estados Unidos. Por supuesto que me compré uno el cual vendí hasta el año 2000.

Recordando el suceso de cuando era niño y que iba con mi mamá a exhibirles películas a los viejitos en la casa de los ancianos de Tuxtla Gutiérrez, mi afición por el manejo de los aparatos de cine y por la fotografía, realmente me fueron inducidos por mi padre ya que él, en sus años mozos, había sido fotógrafo. Tuvo un estudio fotográfico conjuntamente con sus hermanas, que se llamó Fotografía Pedrero, e inclusive tuvo la oportunidad de filmar la gira del general Lázaro Cárdenas a Chiapas como candidato a la Presidencia de la República en 1934. Él hizo la primera toma aérea del Cañón del Sumidero en el avión de su amigo Francisco Sarabia.

Con estos antecedentes la fotografía siempre estuvo presente en mi casa y por consiguiente desde pequeño tuve mi propia cámara fotográfica, pero nunca había aprendido a revelar.

Durante mi estancia en Tapachula y teniendo un buen número de noches libres, decidí aprender a revelar mis propias fotografías y monté un laboratorio. Para ello, adapté el baño de mi oficina como cuarto oscuro, sin importar el calor infernal que sufría mientras colocaba el negativo en un recipiente especial, pues tenía que encerrarme en la noche para que no entrara el mínimo rayo de luz y velara la película. Revelé casi todos los rollos que tomaba en transparencias que era el tipo de fotografía que más me gustaba tomar.

Al finalizar la década de 1970 fui invitado a participar en la Cámara de Comercio, y como nunca había participado en este tipo de colegiados, decidí incorporarme para trabajar socialmente y conocer cómo se manejaba una Cámara. Estuve el primer año como presidente de la Sección Especializada Automotriz, y durante el año de elecciones para renovar la mesa directiva, me encontré con la novedad que el candidato a la presidencia de la Cámara era yo. Salí electo por unanimidad de votos a pesar de manifestarle al Consejo que no tenía experiencia en esos menesteres, y que si aceptaba el cargo se comprometerían conmigo a trabajar conjuntamente.

La Cámara entonces estaba en un primer piso de un edificio propiedad de la familia D'Amiano, a la cual le pagábamos renta, ubicado en Central Poniente y Cuarta Avenida sur, y contaba como patrimonio una mesa de consejo y diez sillas, un escritorio, una máquina de escribir, una bicicleta, cuarenta sillas de tijera y números rojos.

Viendo este panorama y que prácticamente la Cámara estaba quebrada, producto de la inflación galopante de México en esos años, decidí pedir asesoramiento a la CONCANACO, y con base en sus recomendaciones reestructuré las cuotas indexándolas a la inflación. Además me dediqué a llamar personalmente a la mayoría de los asociados solicitándoles su comprensión y apoyo para rescatar a nuestra

querida Cámara de Comercio. Todo esto no se hubiera podido lograr sin el apoyo decidido del Consejo.

Las finanzas empezaron a mejorar.

Entonces decidí que debíamos dar el paso definitivo para construir nuestro propio edificio. Al principio platicué con el dirigente de CANACINTRA, Jaime Pedrero, que por cierto era mi pariente, para estudiar la posibilidad de trabajar juntos en un proyecto. Sin embargo, resultado de una consulta con nuestros asociados, se votó que fuéramos solos y se aprovechara un terreno propiedad de la Cámara ubicado en la colonia Las Galaxias, conseguido por mi amigo Eduardo Elorza Sánchez en administraciones pasadas, y donado por el Ayuntamiento de Tapachula, presidido en ese tiempo por el licenciado Antonio Melgar Aranda.

El terreno mencionado, en aquel entonces, estaba muy lejos y nos parecía pequeño. Por tal razón, platicué con el dueño del fraccionamiento y logré convencerlo que si la CANACO construía por ese rumbo, sus terrenos subirían rápidamente de valor. Con ese argumento le compré toda la manzana a buen precio y al terminar mi administración de dos años, tuve la satisfacción de entregarle al pueblo de Tapachula una Cámara de Comercio fuerte, unida, solidaria con la sociedad, con finanzas sanas y con instalaciones nuevas y dignas y a la altura de las mejores del estado.

Como no estaban terminadas la red de agua potable y alcantarillado donde decidimos construir, para solucionar el problema del agua, decidí que el arquitecto proyectara el edificio para que los tubos de bajada del agua pluvial de la azotea se conectaran a la cisterna, filtrándola previamente en un tanque de decantación, obra que todavía trabaja a las mil maravillas sobre todo porque Tapachula es una ciudad donde llueve mucho. El drenaje lo conectamos a la red existente.

Tengo que reconocer que todas estas acciones siempre fueron respaldadas por el Consejo de Administración, del que me siento orgulloso de haber sido su presidente, así como por el apoyo incondicional de Eduardo Elorza Sánchez, Jorge Morales Escobar, Carlos García Sarabia, Leobardo Luna Sayas, Rafael Balladares, Edmundo Escobar, Fernando Ordaz, Ricardo Orduña Culebro y muchos otros que se escapan de mi memoria. Para todos ellos mi agradecimiento y respeto absoluto.

Durante mi administración, y en tiempo del gobernador don Juan Sabines Gutiérrez, se pretendió trasladar la delegación del Seguro Social a la capital del estado, acercándose otras Cámaras y Sindicatos a nosotros. Con el objeto de hacer un frente común y evitar esta acción, de la noche a la mañana me vi liderando a grupos sociales, cámaras y sindicatos, llegando el momento en que no sabía lo que pasaba.

Resultado de estas acciones, llegó a Tapachula el licenciado Arcenio Farell Cubillas, director del Instituto Mexicano del Seguro Social entonces, acompañado del señor gobernador Sabines. Para calmar el ánimo nos ofrecieron que la delegación se quedaría en Tapachula y que se construiría una ciudad deportiva para los tapachultecos, instalaciones que todavía estamos esperando.

## El hotel

Desde que estuve en el área de ventas en la agencia Chrysler de Tuxtla Gutiérrez, y tenía que viajar a todo el estado y a lo largo de la costa, me di cuenta que no había ningún hotel de calidad entre Tuxtla Gutiérrez y Tapachula. Este pensamiento se reafirmó cuando cambié mi residencia a esta última y empecé a viajar frecuentemente por la costa de Chiapas.

Al principio pensé en construir un hotel en Arriaga, pero decidí mejor hacer un pequeño estudio entre Arriaga, Salina Cruz, Villahermosa y Tuxtla Gutiérrez. En esa época empezaba la construcción de la presa de Chicoasén con una derrama importante de dinero, y el único hotel de calidad que había en Tuxtla era el Bonampak, el cual operaba casi al cien por ciento de ocupación.

Esto hizo decidirme y crear una empresa llamada desde entonces Lacanjá Hotelera, S.A. de C.V., que tenía como propósito construir un hotel en Tuxtla Gutiérrez. Para dar forma al proyecto, empecé la búsqueda de un terreno de regular tamaño, lo encontré y lo compré. Éste estaba ubicado en el Boulevard Belisario Domínguez número 1159, pero por ser mi vecino el presidente municipal, el cual no quería un hotel colindante, buscó un sinnúmero de pretextos para no darme el permiso de construcción.

Después de estiras y aflojes llegamos al arreglo que si me conseguía otro terreno, me cambiaría, y así fue. Me consiguió el terreno en donde actualmente estamos ubicados

que es sobre el boulevard Belisario Domínguez 1380, esquina con callejón el Zapatá, nombre zoque que por desconocimiento primero le llamaron callejón Zapata, y ahora Emiliano Zapata. Esta propiedad era más grande, con buena ubicación y con posibilidades de crecimiento. Prueba de esto es que a los cuatro mil metros originales le anexé dos mil ochocientos metros más comprados a la señora Tere Culebro, con lo que la propiedad tiene dos frentes: uno hacia el boulevard, y el otro hacia el Periférico Norte Poniente (frente a Caña Hueca).

Transcurría el año 1975 y Tuxtla no había experimentado el desarrollo vertiginoso de los últimos años. No había agua potable ni drenaje en esta zona, por lo que el proyecto arrancó contemplando la construcción del área de servicios que daba al boulevard, como primera etapa, y posteriormente iniciaríamos la construcción de las habitaciones. Mientras tanto, planeé construir una discotheque, un restaurante y un bar en esa misma primera etapa. El 24 de diciembre de 1976 inauguramos la discotheque el Ron Ron y el restaurante Lancanjá. El Maya Bar lo abriríamos tiempo después.

Como siempre me había gustado la electricidad y los equipos electrónicos de música. Yo tenía bastante conocimiento sobre ellos, por lo que durante mis viajes al extranjero empecé a recabar información sobre luces que todavía no existían en México. Las pocas que había estaban instaladas en las grandes discotecas de Acapulco. Con toda la experiencia adquirida, el conocimiento y contactos hechos con expertos durante los meses previos a la inauguración de la discotheque, y después con una actualización constante y la compra de discos y equipo en México, en Nueva York y Europa, logré tener posiblemente la discotheque mejor montada de Chiapas y de los estados vecinos. La discothe-

que vivió durante veinte años, al final con el nombre de Mirage dejando de existir porque la juventud siempre está a la búsqueda de novedades.

En la década de 1980 se le empezó a dar un gran impulso a Huatulco por lo que decidí ampliar mis actividades turísticas a ese bello centro turístico con la instalación de un restaurante y una discoteque, esta tendría la forma de un barco pirata en la que se utilizaría mucha madera en su construcción. En la cubierta estaría el restaurante y en su interior la disco, el estudio resulto factible y rentable pero por cuestiones administrativas fui posponiendo la realización de este proyecto hasta nuestros días, se llamaría: Simbad.

Recuerdo que en esos años en un lamentable accidente un amigo y cliente asiduo de la discoteque, quedó parálitico de la cintura para abajo, después de un largo periodo de convalecencia y rehabilitación tratando de llevar su vida normal y conociendo mis habilidades en la mecánica, me encargó le diseñara un automóvil que se manejara exclusivamente con las manos, lo cual hice con todo gusto, pero él decidió contratar un chofer y dejar las adaptaciones a su automóvil para después, trabajos que con el tiempo nunca me autorizó llevar a cabo.

La construcción del hotel la empecé a principio de la década de 1980, cuando las autoridades instalaron en la zona los servicios de drenaje y agua potable. Al principio nos abastecíamos de pipas y teníamos una pequeña toma de agua del tubo de riego del boulevard Belisario Domínguez, la cual a decir verdad servía de muy poca cosa. El drenaje lo echábamos a una fosa de oxidación que construimos a la mitad del terreno.

En plena construcción del hotel me llamaba mucho la atención que los colados se retrasaran frecuentemente, porque la revoladora de motor que teníamos casi siempre fallaba. Por tal razón, le pregunté a mi arquitecto y amigo José Toledo Cas-

tillejos si no había en el mercado revolvedoras eléctricas. Él me contesto que no, que ni siquiera las conocía. Entonces le dije: ¡en tres días tendrás una y nos olvidaremos de tener un mecánico de cabecera para la revolvedora de motor!

Me fui con un maestro tornero que conocía y le expliqué lo que tenía en mente. Compré un motor de cinco caballos, sellado, para evitar que lo perjudicara el polvo de cemento, y le instalamos un juego de poleas para bajar la velocidad. A los tres días, tal como lo había ofrecido al arquitecto, teníamos trabajando la revolvedora. Con esta única máquina colamos todo el hotel hasta su terminación, sin tener un solo problema. Después se la di a mi hermano Roberto y posteriormente ya no supe que pasó con ella.

Me arrepiento de no haberla patentado como modelo de utilidad. Pero hablar de estas cosas en la década de 1980 era muy difícil, y porque ignoraba los trámites que tenían que hacerse en la ciudad de México.

Posteriormente fabriqué dos revolvedoras más de las cuales conservo una ya perfeccionada. Ésta tiene un motor eléctrico de baja velocidad, trifásico, sellado, de tres caballos y únicamente dos poleas, una pequeña que va instalada en el motor y la otra, más grande, que va en la flecha de la olla conectada con una banda. Con un equipo igual a éste construí el Liceo José Vasconcelos incluyendo sus áreas deportivas, y realicé la ampliación del hotel.

Actualmente se puede conseguir este tipo de equipo en el mercado, pero de manera escasa.

La misma modificación hice a las podadoras de pasto que nos sirven en las áreas deportivas del Liceo José Vasconcelos con muy buenos resultados, este tipo de producto ya se puede conseguir en el mercado.

Una vez terminado el hotel que constaba de sesenta y cuatro habitaciones, y con los servicios de discotheque el

Ron Ron, Restaurante Lacanjá, Maya Bar, Cafetería El Tucán, alberca y estacionamiento, entre otros servicios, le denominamos Lacanjá en memoria de mis viajes a la Selva Lacandona, nombre que en 1985 fue cambiado al de Maya Sol, debido a que el nombre anterior la gente no lo entendía y ocasionaba muchas confusiones y pérdida de clientela.

Siguiendo mis instrucciones, los fontaneros dejaron al final de cada bloque de habitaciones un tubo de media conectado al del agua caliente, con el objeto de instalar una bomba de recirculación y retorno a la caldera. El propósito era evitar que el huésped desperdiciara el agua al esperar con la llave abierta para que ésta saliera caliente.

Todo funcionaba muy bien pero la bomba que hacía esta función, por ser una bomba normal, se quemaba a cada rato. Este problema me exigió buscar una solución y encontré que existían en el mercado bombas especiales para agua caliente pero con un costo exorbitante. Me dediqué a estudiar el problema y decidí separar la bomba del motor por medio de una banda, ya que éste además de generar calor al trabajar, y en lugar de disiparlo a través del agua a temperatura normal, absorbía calor del agua caliente lo que ocasionaba que trabajara a alta temperatura y se quemara.

Con la modificación anterior, que costaba cualquier cosa, funcionó la bomba de recirculación y sigue funcionando hasta la fecha en la ampliación del hotel, con la tecnología solar que tenemos instalada actualmente. Esta idea nunca la patenté como modelo de utilidad, pero tal vez lo haga.

Por cierto y hablando de paneles solares para calentar el agua, yo los fabrico de una manera muy económica utilizando serpentines de aires acondicionados inservibles. Para ello, coloco tres o cuatro serpentines interconectados dentro de una caja metálica con un vidrio; y haciendo dos de éstas, orientadas al sol en un ángulo de cuarenta y cinco grados y

conectadas a un termo, cualquier casa habitación puede ahorrarse hasta el ochenta por ciento de gas por este concepto.

Algo que me llamó mucho la atención cuando se instalaron las luces de la alberca, con base en los planos enviados por una compañía especializada en la construcción de albercas y en la venta de sus equipos, fue el sistema de iluminación que venía a ciento diez voltios, el cual era muy alto para que en caso de un corto y a pesar de tener tierra física, se fuera al agua, y pudiera electrocutar a algún bañista.

Esta situación me preocupó sobremedida y decidí mandar a fabricar unos transformadores de ciento diez voltios de entrada a doce voltios de salida, e instalé como luminarias de la alberca faros de automóvil. Este sistema funcionó desde principio de 1980 hasta 2007 en que la remodelamos completamente y le instalamos los equipos de iluminación más modernos, llamándome la atención que dentro de éstos me ofrecieran equipos iguales a los que diseñé hace 28 años (1980) con excepción que se eliminan los faros de automóviles y se instalan reflectores con más luminosidad.

El equipo que instalamos con gran luminosidad tuvo que ser el de ciento diez voltios pues es más fácil conseguir repuestos para éste voltaje, con un sistema de protección muy eficiente y con el inconveniente de tener un mantenimiento bastante elevado, por lo que buscando disminuirlo reemplacé mediante una sencilla adaptación los reflectores de quinientos watts por filamentos de cuarzo de trescientos watts más económicos y durables, pues los primeros tienen un costo de 60 dólares y los segundos de 3 dólares, con la misma luminosidad y menor consumo de energía.

Si hubiera patentado la idea original entonces, posiblemente me hubiera hecho rico pues muchas albercas usan este sistema.

## Escuela

**E**n 1987 por motivo de salud y presionado por la alta inflación que había en nuestro país, decidí vender mi negocio denominado RelMotors, S.A. de C.V., que tenía en Tapachula y distribuía los productos Chrysler en la zona del Soconusco y costa de Chiapas, entonces los automóviles subían el 10% mensual y no había ningún tipo de crédito, por lo que la venta de automóviles y camiones tenía que ser de contado y en estas condiciones eran muy reducidas, en eso andaba cuando mi amigo Ricardo Nauman Escobar me llamó diciéndome que le interesaba mi negocio y de esta forma terminó mi estancia de 17 años en la bella ciudad de Tapachula, donde pasé una de las etapas más bellas de mi vida y dejé amigos para siempre.

De regreso a mi ciudad natal Tuxtla Gutiérrez y tratando de reemplazar el negocio automotriz que había vendido en Tapachula y que en ese tiempo existía la posibilidad de adquirir uno en Tuxtla Gutiérrez, presenté mi oferta pero resultó mejor otra de un grupo económico más fuerte y ellos se quedaron con el negocio.

Siguiendo en mi búsqueda me percaté que en nuestra ciudad capital existía una carencia de escuelas particulares, por lo que me dediqué a hacer un estudio de mercado más profundo y después de analizarlo detenidamente decidí incursionar en esta actividad.

De esta manera nace el 30 de enero de 1989 el liceo José Vasconcelos empresa dedicada a la impartición de educa-

ción enfocada a las áreas de preescolar, primaria, secundaria y preparatoria. Empezamos a trabajar, por un lado el área pedagógica con la contratación de directores, maestros, formulación de planes y programas, reglamento, uniformes, escudo, etcétera. Y por otro lado, la construcción de los edificios que albergarían 30 aulas, direcciones, cafetería, biblioteca, laboratorios, sala audiovisual, áreas administrativas y deportivas; para eso utilicé un terreno de 10 mil metros cuadrados que eran de mi propiedad y que ya había mencionado anteriormente, tuve la oportunidad de comprar otro de mil 700 metros cuadrados con el objetivo de tener acceso por los dos extremos de la propiedad y con eso evitar congestionamientos de tránsito, al paso de los años fuimos creciendo hasta ampliar nuestras instalaciones a aproximadamente 30 mil metros cuadrados donde se ubican actualmente 3 canchas de fútbol, una cancha de fútbol rápido, la escuela bancaria y comercial; un concepto nuevo en nuestra capital que son las residencias estudiantiles, para lo cual construí un edificio con 48 habitaciones con alberca, internet y todas las comodidades que el estudiante necesita.

Importante mencionar que el Liceo Vasconcelos arranca con 550 alumnos repartidos entre preescolar y el segundo de preparatoria, el quinto semestre no se abrió por tener muchas diferencias con los planes y programas de la SEP; es importante mencionar que fuimos los primeros en Chiapas en impartir computación, para lo cual tuve que instalar un centro de cómputo equipado con las mejores máquinas para que nuestros alumnos estuvieran a la vanguardia.

## Soporte roscable para portafilamento

**C**omentaba al final del capítulo anterior “El hotel” que en el año 2007 remodelamos completamente la alberca instalando los equipos de iluminación más modernos pero sin que tuviera idea del costo que tendría su mantenimiento.

A los treinta días de estar operando se compra la primera luminaria de 500 watts a un precio aproximado de 60 dólares, para reemplazar la que se había fundido, a los sesenta días de operación se funde la segunda y es cuando empiezo a pensar en la manera de disminuir el costo en el mantenimiento y en el consumo; primero vino a mi mente volver al antiguo sistema de iluminación con faros de automóvil, muy económico pero no tan luminoso, después pensando un poco y mediante una sencilla operación eliminé los reflectores de 500 watts e instalé filamentos de cuarzo más durables, que consumían 300 watts y costaban 30 pesos.

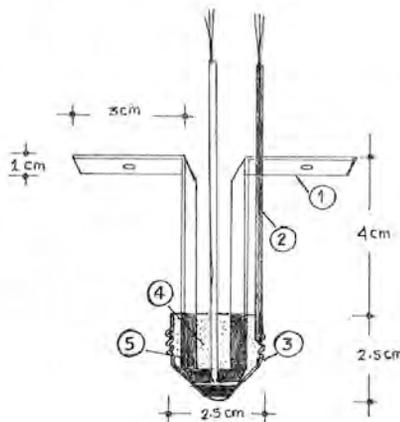
El problema que no resolvimos era la manera de sujetar y conectar los cables del porta filamento al soquet donde se rosca la luminaria, lo que hice fue soldarlos al soquet y pegar de alguna manera el porta filamento al cuerpo del equipo de iluminación de la alberca.

Después de haber estudiado las patentes europeas número 849292 y la 894242 patentadas en Alemania al finalizar los años 40, las cuales a simple vista y de fondo demuestran ser dispositivos muy diferentes en técnica y aplicación a los que pretendo patentar, y en vista de que no existe en el

mercado ningún soporte roscable que pudiera utilizar para sujetar el portafilamento, decidí diseñar uno e iniciar ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial, el trámite para patentarlo.

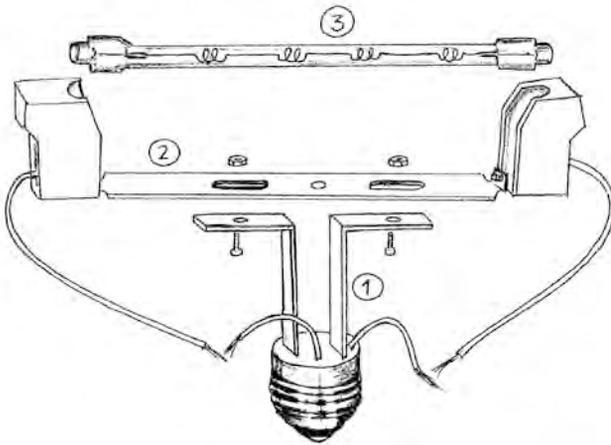
Así, en junio 22 del año 2009 y bajo oficio sin número presenté ante el IMPI la solicitud de patente de invención normal del soporte roscable para portafilamento, integrándose el expediente número MX/a/2009/007303, el cual a la fecha se encuentra pendiente de resolución, pero como he comentado este proceso se lleva años en resolverse.

Cerrada la edición del presente libro, el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial me informó con oficios 43023 de mayo 22/14 y 62327 de julio 21/14 que me otorgaba las patentes del soporte roscable para portafilamento y el asiento desodorante. Me llena de satisfacción haber conseguido tres patentes teniendo en proceso otra, por lo que si la vida me permite imprimir la tercera edición de *Ingenio de un chiapaneco* “los mantendré informados de los avances de este humilde escritor”.



Soporte roscable para portafilamento

Con la entrada de las nuevas tecnologías con base en ledes, los filamentos de cuarzo serán obsoletos en poco tiempo porque consumen mucha energía, dan gran luminosidad pero la mayor parte de ésta se convierte en calor, lo que no sucede con las luces frías actuales como los ledes, esto nos puede hacer pensar que mi soporte roscable para portafilamento pasará al olvido en poco tiempo, pero no es así, ya que los portafilamentos también aceptan ledes y siempre se necesitará un soporte roscable para los soquet que todos conocemos.



1. Soporte roscable para porta filamento
2. Porta filamento
3. Filamento



## Caleidoscopio electrónico

Desde que tenía la discoteca el Ron Ron equipada con los sistemas de iluminación más modernos de aquella época me llamaba la atención que todos los proyectores de luces fueran de efectos fijos o con figuras en movimiento pero siempre iguales, busqué en varias partes del mundo proyectores de luces de formar infinitas con resultados negativos; esta inquietud me perduró a través de los años y ahora que me he dedicado a materializar y registrar mis ideas y que la tecnología electrónica ha avanzado mucho, pude diseñar un modelo de utilidad al que bauticé con el nombre de Caleidoscopio Electrónico.

El Caleidoscopio Electrónico se basa en un caleidoscopio normal, éste es un tubo que contiene tres espejos, que forman un prisma triangular con su parte reflectante hacia el interior, al extremo de los cuales se encuentran dos láminas traslúcidas entre las cuales hay varios objetos de colores y formas diferentes, cuyas imágenes se ven multiplicadas simétricamente al ir girando el tubo mientras se mira por el extremo opuesto. Dichos espejos pueden estar dispuestos a distintos ángulos. A  $45^\circ$  de cada uno se generan ocho imágenes duplicadas. A  $60^\circ$  se observan seis duplicados y a  $90^\circ$ , cuatro. Aunque lo más común es que esté integrado por tres espejos, también puede construirse un caleidoscopio con dos, o más de tres para conseguir distintos tipos de efectos.

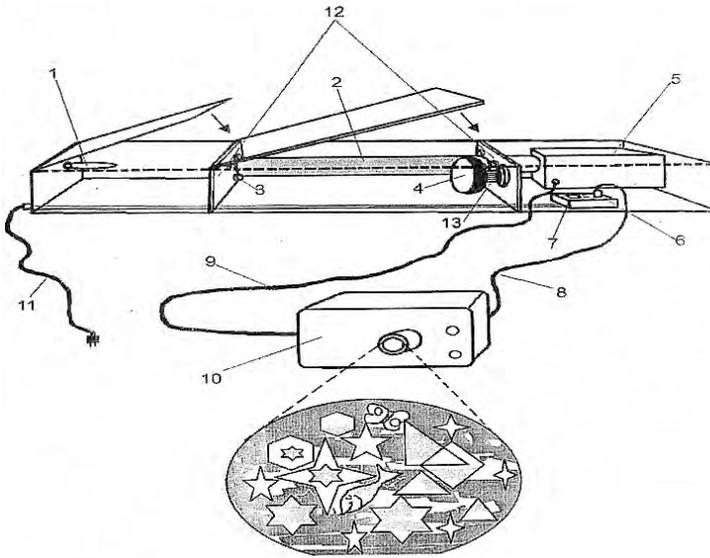
El caleidoscopio moderno fue inventado en 1816 por el físico escocés David Brewster. Tramitó la patente corres-

pondiente y lo puso a la venta. El ritmo de venta fue enorme, pero la facilidad de fabricación fomentó las imitaciones y réplicas. En solo pocos días, Brewster dejó de recibir ganancias que pudieran ser consideradas atractivas. Es uno de los juguetes más conocidos del mundo.

El Caleidoscopio Electrónico cuenta con una base que puede ser metálica o de madera, un caleidoscopio, una fuente de luz fría con base en ledes, un capturador electrónico de imágenes que se conecta a un proyector de los comúnmente llamados cañones, una toma de corriente y multicontacto a 110 voltios, con su interruptor respectivo, junto al caleidoscopio va instalado un motor eléctrico de bajas revoluciones, que sirve para hacerlo girar y lograr con esto un infinito de formas que son captadas por el capturador electrónico de imágenes, que conectado al proyector o cañón nos dará una ambientación luminosa de figuras infinitas, muy agradable a la vista pues no son figuras repetitivas como lo hacen la totalidad de los proyectores que actualmente existen en el mercado.

El cañón o proyector por ser independiente a la unidad de video nos da la ventaja de colocarlo en el lugar más conveniente para aprovechar al máximo su proyección. Como pueden ustedes ver es una idea que se aparta de los proyectores tradicionales y por ser de figuras no repetitivas no genera un aburrimiento o cansancio de ver siempre lo mismo.

Con base en lo anterior presente ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial, delegación en esta ciudad de Tuxtla Gutiérrez, la solicitud de registro del modelo de utilidad bajo oficio sin número y con fecha 19 de julio de 2012 solicitando la patente normal del modelo de utilidad: Caleidoscopio Electrónico, integrándose el expediente n°. MX/u/2012/000328.



1. Luz fría
2. Contenedor externo tubular
3. Soporte embalado
4. Medio mecánico o manual
5. Dispositivo de captura de imágenes
6. Sello traslucido
7. Sello traslucido
8. Cable toma corriente del proyector
9. Cable trasmisor de señal
10. Dispositivo de proyección de imagen eléctrica
11. Cable toma corriente
12. Base



## Asiento desodorante

Desde que la humanidad tuvo conciencia de lo que significaba para su salud la higiene, ha procurado erradicar el mal olor y vivir en un entorno agradable para su sentido.

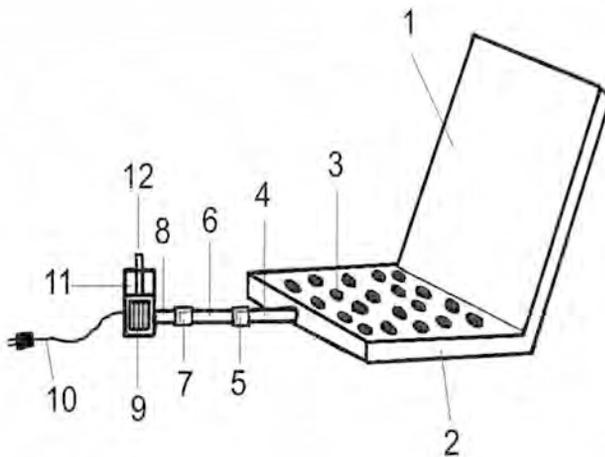
El cuerpo humano por su naturaleza misma produce deshechos líquidos, sólidos y gaseosos que en la mayoría de los casos vienen acompañados de olor desagradable que son rechazados por la sociedad en su conjunto, estos son motivados por el proceso normal de funcionamiento del organismo, pero en algunos casos son producidos por enfermedades o deficiencias orgánicas.

Observando que en la actualidad existen muchas personas de edad avanzada y que la pirámide poblacional ha ido cambiando poco a poco en nuestro país convirtiéndonos en una sociedad donde los adultos mayores van predominando y por consiguiente sus necesidades de acuerdo a su edad. Teniendo contacto con algunos de ellos que presentan problemas en los esfínteres, que les provocan incontinencia y los obligan a usar pañales desechables o desodorantes especiales para contrarrestar, en un momento dado, olor desagradable que produce estas anomalías, y siendo un observador nato y de mente creativa como lo han observado a través de la lectura del presente libro y después de haber investigado que no existe en el mercado ningún equipo que brinde esta ayuda a desodorizar el ambiente en estas situaciones, se me ocurrió diseñar un asiento desodorante que

funciona como un extractor de aire que después de desodorizarlo lo expulsa libre de olor desagradables, muy útil en espacios cerrados o poco ventilados.

Así nace el Asiento desodorante y lo registro como modelo de utilidad ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial el 22 de octubre del 2012 bajo oficio sin número denominado Asiento Desodorante, integrándose el expediente No. MX/u/2012/000494.

Espero no tener la necesidad de usarlo.



- |                      |                          |
|----------------------|--------------------------|
| 1. Respaldo          | 9. Extractor             |
| 2. Asiento           | 10. Cable toma corriente |
| 3. Orificios         | 11. Cámara desodorizante |
| 4. Manguera flexible | 12. Orificio expulsor    |
| 5. Coples            |                          |
| 6. Manguera flexible |                          |
| 7. Coples            |                          |
| 8. Manguera flexible |                          |

## Bloqueador de cerradura de manija redonda

**E**l hotel Maya Sol, en su totalidad, entró en función en 1981 con un total de sesenta y dos habitaciones y dos suites, incluyendo los servicios mencionados anteriormente como: restaurante Lacanjá, cafetería El Tucán, Maya Bar, alberca y estacionamiento. Las habitaciones, espaciaosas y equipadas con los adelantos modernos de aquella época, tuvieron inmediatamente una buena aceptación entre el turismo que visitaba nuestro estado.

Sin embargo, empezó a notarse que algunos huéspedes no liquidaban sus cuentas cada siete días, tal y como se estipulaba en el contrato de prestación de servicios. Parecía que la única manera de cobrar era demandándolos, con los consecuentes gastos del abogado que muchas veces superaban el adeudo y ponían sobreaviso al huésped; o bien, bloqueándoles la habitación para que no hicieran uso de la misma, y por tanto no pudieran retirar sus pertenencias. Sin embargo, este hecho obligaba prácticamente a poner un velador en la puerta que al menor descuido era utilizado por el huésped para llevarse su equipaje.

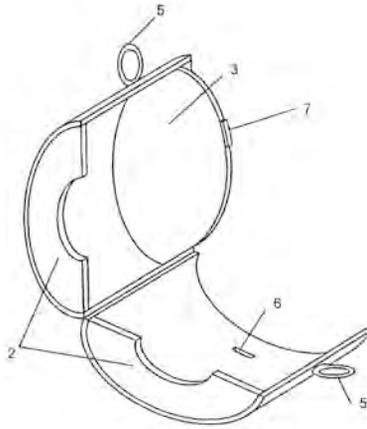
Por otra parte, además de ser complicado y riesgoso evitar la entrada a su habitación a un cliente moroso, ya que nadie acepta que se le incaute la llave, legalmente la empresa no puede sacar de la habitación las pertenencias de un huésped ya que existe el riesgo que éste mismo demande por robo.

Todo lo anterior me llevó a diseñar un bloqueador de chapas, el cual se instalaba en la manija cerrándose con un candado. Este diseño que impedía que se introdujera la llave y de esta manera se abriera la habitación, fue fabricado bajo mis instrucciones y supervisión por el jefe de mantenimiento del hotel. Para ello se utilizó lámina negra calibre dieciséis y dos armellas compradas en cualquier ferretería para el aseguramiento con el candado.

Al principio fabricamos únicamente un bloqueador, pero en vista de los magníficos resultados, y que en contadas ocasiones teníamos dos problemas al mismo tiempo con huéspedes morosos, decidí fabricar otro bloqueador los cuales rindieron los resultados esperados hasta el año 2005, tiempo en que instalamos cerraduras electrónicas.

Desde que inventé ambos bloqueadores tenía la intención de patentarlo, porque los resultados fueron óptimos y con un costo de fabricación sumamente bajo. Y no fue sino hasta el 30 de junio de 2006 que efectué dichos trámite, motivado además porque ya había presentado otra solicitud de patente con anterioridad, y por la facilidad de la gestión pues existía en Tuxtla Gutiérrez una oficina del Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial que aceptaba las solicitudes de patente.

Así presenté bajo el expediente de patente de invención normal número YU/a/2006/000008, e inicié el trámite de registro de mi solicitud de patente del bloqueador de cerraduras de manija redonda. El resultado todavía lo ignoro porque éste puede llevarse años, ya que la dependencia realiza una búsqueda exhaustiva si existe algo parecido de lo solicitado en el país para proceder a la autorización y registro de un nuevo invento. Posteriormente, realiza publicaciones diversas por un periodo extenso para dar a conocer de la existencia del aditamento con sus particulares características.



Después de una espera de casi tres años el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial me informó con oficio folio número 3146 de abril 16 de 2009, que habiendo realizado un examen de fondo y una búsqueda que normalmente hace entre todos los países que tienen relaciones con México y protegen sus inventos, encontró en Estados Unidos que existían registrados en su oficina de patentes tres bloqueadores de cerradura parecidos al mío, por lo que no era

susceptible de registro ni de protección, a menos que sus características fueran diferentes a las ya registradas.

Me adjuntaron a su oficio información completa de los bloqueadores registrados en Estados Unidos y veo que el primero fue efectuado por el señor Gerrel B. Raney, en junio 25 de 1972 y tiene la patente número 3636742. El segundo bloqueador fue registrado por el señor Forrest J. Robinson, en diciembre 31 de 1985 obteniendo la patente 4561273 y el tercer bloqueador fue registrado por el señor William H. Leneave en octubre 31 de 1989, obteniendo la patente número 4876867.

No quise hacer modificaciones a mi bloqueador e intentar registrarlo nuevamente pues comprendí que el tema estaba agotado, sin embargo me llamó mucho la atención que en octubre de 1989 llevaran a Estados Unidos casi cinco millones de patentes, si comparamos esta cifra con las que tenemos en México a mediados de este 2011 que son 140115 y en Chiapas 16, son cifras que nos ponen a pensar que los países desarrollados se nos alejan cada vez más en creatividad y tecnología, por lo que es necesario ponernos a trabajar e incentivar a la juventud a que desarrolle sus habilidades y conocimiento a fin de recortar la brecha cada vez más grande que nos separa de los países industrializados.

Reflexionando sobre lo anterior y por iniciativa propia, comenté con otros compañeros inventores chiapanecos la necesidad de crear una asociación de inventores que impulsara, que diera asesoría, que orientara, motivara, etcétera a todas aquellas personas que tuvieran la capacidad y el deseo de inventar, registrar y comercializar sus creaciones, todo esto sin perseguir fines de lucro o políticos, así nació en el mes de julio de 2010 la Asociación de Inventores Chiapanecos, A.C. , la cual me honro en presidir.

## Clavo de seguridad

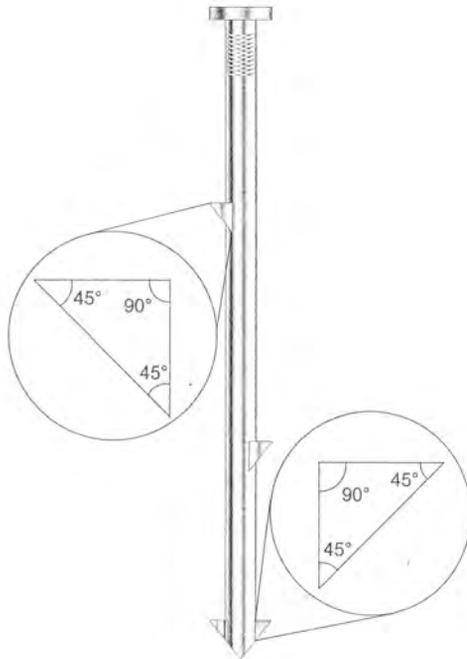
Desde que era chamaco me daba mucho coraje que me sentara en aquellas sillas de madera de tijera, comunes en mi época, y que un clavo estuviera salido y rompiera mi pantalón. Esta situación estoy seguro que muchos la hemos vivido, sobre todo los que hemos asistido a fiestas populares o de pueblo, donde todavía este tipo de mobiliario se sigue usando. La presencia de clavos indeseados obligaba a que con frecuencia buscara alguna piedra o cualquier objeto sólido, para volverlos a clavar; o en el caso más práctico, poner encima del clavo algún periódico u otro material que evitara cualquier incidente. Sin duda que es una fortuna que las sillas modernas, de plástico o de metal, no tengan clavos.

Desde tiempos inmemorables los clavos se han utilizado con el objeto de sujetar piezas independientes, básicamente de madera, para construir embarcaciones, casas, muebles, u otros objetos. Y se ha utilizado material de cobre, bronce, hierro, acero, entre otros. Sin embargo, con el uso frecuente los clavos tienden a salirse de su sitio, lo que me llevó a crear un clavo de seguridad que por su diseño evitara el problema y las molestias consecuentes.

El clavo de seguridad está constituido por el cuerpo principal, dos anclas laterales y dos más en la punta formada del mismo material del clavo, haciendo un ángulo de noventa grados en la parte superior, y otro de cuarenta y cinco grados en su extremo para que vuelva a unirse al cuer-

po principal en otro de la misma angulosidad. En la punta lleva otros dos laterales que coinciden con ésta y sirven para hacer el mismo trabajo que las laterales; es decir, impiden la salida del mismo. En resumen, la descripción más sencilla es: un clavo en forma de arpón que todos sabemos que una vez que entra, es muy difícil su salida.

La idea anterior la tuve en la cabeza durante muchísimos años y no fue hasta el 11 de julio de 2007 en que presenté, bajo oficio sin número, la solicitud de patente número 3734443-9 del modelo de utilidad Clavo de Seguridad. La idea está elaborada aun cuando la espera del resolutivo sea extensa. Ya veremos.



Pues bien, después de una espera de catorce meses, que a decir verdad en términos del Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial, tener una respuesta en tan breve tiempo puede considerarse excepcional, recibí el oficio con folio número 71339 de agosto 14 de 2008 donde me informan que después de haber realizado un examen de fondo y una búsqueda internacional con el objetivo de constatar que no hubiera registrada una idea como la mía, mi solicitud no podía ser susceptible de registro ni de protección por parte de ese instituto, ya que se habían encontrado registrados en Estados Unidos dos variantes y en Canadá una de mi Clavo de Seguridad.

El primero fue realizado por el señor John White en Canadá en noviembre 12 de 1895, otorgándole la patente número 549555. El segundo fue realizado por el señor G. O'Neill en Estados Unidos en junio 16 de 1914, otorgándole la patente número 1100252 y el tercero fue realizado por el Señor Charles Lyman Ellis en Estados Unidos en diciembre 11 de 1945, otorgándole la patente número 2390929.

De haber sabido que el Clavo de Seguridad estaba patentado desde hace más de cien años tal vez no me hubiera tomado la molestia de iniciar un trámite de patente, que a decir verdad es laborioso y cuesta dinero, actualmente con el conocimiento actualizado que tenemos y que hemos conseguido a través de la Asociación de Inventores Chiapanecos, A.C., sugerimos a los inventores en potencia que antes de iniciar el registro de alguna idea, primero hagan una búsqueda a través de los servidores internacionales con la finalidad de cerciorarse si no hay algo registrado igual o parecido con anterioridad y con esto evitarse trabajo y dinero, esta es una de las funciones que puede hacer gratuitamente nuestra Asociación.

También les comento que el tiempo de respuesta es una de las quejas más recurrentes de los inventores mexicanos pues aunque ya se cuenta con el registro provisional cuando se presenta la solicitud y la sellan de recibido, todavía no se tiene la certeza que la idea será protegida por dicho instituto.

Hasta la fecha todavía no he tenido en mis manos un Clavo de Seguridad, ni sé dónde los venden, pero cuando lo sepa iniciaré una campaña para que todas las sillas de tijera los utilicen y de esta forma evitar las roturas en los pantalones de los caballeros y en los vestidos de las damas.

Tal vez invente la máquina para fabricarlos.

## Cocodrilo

**I**niciaba aquel inolvidable 1994, fecha en que el movimiento zapatista sacó del anonimato a nuestro querido Estado de Chiapas, para colocarlo en las primeras planas de los periódicos del mundo. Fecha también que originó cambios políticos, estatales y nacionales, cambios de gobernador y alguna de las partes de su estructura de gobierno. En esta inercia, se me nominó como el primer secretario de la recién creada Secretaría de Turismo.

Hasta antes de 1994, la Secretaría de Turismo estaba integrada por una Dirección de Desarrollo Turístico que dependía de la Secretaría de Fomento Económico. Una de sus funciones era la de mantener limpio el Cañón del Sumidero, función que no cambiaría con los ajustes estructurales de 1994. Por el contrario, se fortalecería esta importante tarea organizando dos campañas de limpieza en coordinación con los lancharos de Chiapa de Corzo, municipios aledaños y personal del Ejército Mexicano. La primera campaña se llevaba a cabo antes de Semana Santa, y la segunda después de la temporada de lluvia.

Con el movimiento zapatista, el ejército dejó de prestar su valiosa cooperación a la campaña de limpieza, lo que provocó que esta ardua tarea tuviera que realizarse exclusivamente con personal de la Secretaría, uno que otro voluntario y con los lancharos de Chiapa de Corzo, a quienes apoyábamos con gasolina.

La situación anterior obligaba a buscar una solución que no dependiera tanto de la mano de obra, pues ésta aparte de

ser escasa, empezaba a ser insuficiente para recoger los grandes volúmenes de basura que se concentraban en el Cañón.

Lo anterior me permitió idear la manera de mecanizar estas labores por medio de un *chalán* que recogiera los troncos grandes, y con lanchas la basura más pequeña. Todo este equipo debería ser propiedad de la Secretaría de Turismo, desgraciadamente por cambio de gobierno no me dio tiempo de terminar estos proyectos, que muy profesionalmente la gestión de la secretaría que me sucedió, completó la fabricación del *chalán* y la compra de dos lanchas de veinticinco pies, equipadas con motores de setenta y cinco caballos de fuerza. Estos equipos, menos una de las lanchas, estaban funcionando hasta mi regreso como secretario de Turismo nuevamente en el año 2000.

Con la experiencia adquirida en 1994, y con la urgente necesidad de mecanizar más fuertemente la labor de limpieza del Cañón del Sumidero, pues ya se recogían grandes cantidades de basura como lo muestra el siguiente cuadro:

Concepto	2001	2002	2003	2004	2005 (enero-julio)
Días-campaña	229	246	221	245	151
Lirio acuático (ton)	905	246	31	15	396
Madera (ton)	4,407	2,985	4,085	5,268.5	1,584
Bolsas de plástico	16,499	13,726	11,532	2,667	2,168
Ripio (ton)		295	118	982	1,257
Total (ton)	5,312	3,526	4,234	6,265.5	3,237

La cantidad de basura obligó a acelerar la mecanización de las labores de limpieza, labor que fue posible a partir de 2002. Durante 2001, esta actividad se realizó manualmente con el esfuerzo denodado y permanente de una cuadrilla de diecisiete hombres que dependían de la Secretaría de Turismo.

Al tomar posesión de mi nuevo cargo como secretario de Turismo por segunda ocasión, una de mis primeras preguntas al personal que laboraba en la dependencia fue si habían encontrado alguna información sobre máquinas especializadas en recoger basura en lagos o presas. La respuesta fue que en México no se producía nada por el estilo y que solamente se había encontrado información de un recolector acuático de basura que se fabricaba en la Florida con un costo de cuatrocientos mil dólares.

El precio me pareció exorbitante pero era lo único que se había podido conseguir a través de la búsqueda de varios años.

Por ello, me dediqué a tratar de conseguir el recurso económico requerido, y resultado de esa gestión PEMEX nos donó los cuatrocientos mil dólares para la compra de la máquina. Con el dinero disponible, tratamos de ponernos en contacto con la mencionada fábrica, la cual nunca localizamos. Por tanto, buscamos ayuda en los Estados Unidos y nos informaron que esta empresa había desaparecido.

Con decepción, buscamos otra opción en Campeche que no era en sí un recolector de basura, sino un triturador muy grande que costaba quinientos mil dólares.

Los acontecimientos anteriores se empezaron a desarrollar en 2001, año en que ya se veían grandes cantidades de basura en el Cañón del Sumidero. Por tanto, el gobernador empezó a inquietarse ante la opinión pública que esta situación generaba. En consecuencia, me llamó para que le informara respecto a qué se estaba haciendo. Le comenté todo lo anterior, al tiempo que le solicitaba su voto de confianza y autorización para que yo fabricara un recolector acuático de basura diseñado por mí, el cual tendría un costo mucho menor que el estadounidense y haría el mismo trabajo.

Me quedó viendo y simplemente me dijo: ¡hazlo!

Debo confesar que sentí una gran responsabilidad. Nunca había inventado nada tan enorme como esto. Pero al mis-

mo tiempo, me sentí complacido porque se me presentaba una magnífica oportunidad de fabricar y de llevar a cabo una de mis importantes ideas, que se aplicaría en bien de mi propio estado.

Contraté al maestro Tovilla para la realización de la idea. Y con fecha 10 de agosto de 2002 lo botamos en el embarcadero turístico de Chicoasén con el nombre de Cocodrilo.

Cuando me empezó a dar vueltas la idea en la cabeza sobre cómo diseñar un equipo que levantara basura, lo primero que se me vino a la mente fue pensar en un trascabo Caterpillar, motivado tal vez por el contacto que había tenido durante mi vida con maquinaria pesada. Pero analizando este tipo de maquinaria, observé que era muy fuerte y pesada para este tipo de labor. Entonces pensé en algo más ligero como un tractor agrícola.

Este hecho me condujo a investigar en la sala de exhibición de la John Deer, y a recabar información sobre los tractores y equipos hidráulicos que se le pudieran adaptar. Decidí entonces que éste era el quipo ideal, que requería quitarles las llantas, montarlo sobre unos flotadores, adaptarle un equipo de levante hidráulico frontal con capacidad de mil kilos, y modificar el bote instalándole una malla (tipo colador), entre otras adaptaciones importantes que sobre la marcha tuvo que hacerse, como el timón que se utilizó en el mismo sistema de dirección de tractor y la propela adaptada al diferencial del mismo, lo que serviría para los fines propuestos.

Y así lo hicimos teniendo magníficos resultados.

De los cuatrocientos mil dólares que nos había donado PEMEX, solamente se utilizó la mitad. Con ese dinero se fabricó el Cocodrilo, se compró un camión para basura de veinte metros cúbicos, un tractor agrícola equipado con cargador frontal, dos lanchas de treinta y tres pies cada una equipadas con motores ecológicos de ciento quince caballos de fuerza, un motor ecológico de setenta y cinco caballos de fuerza, se re-

paró el lanchón existente instalándosele una mano de chango y equipos varios como motosierras, entre otras acciones.

Al equipo nuevo se le bautizó con el nombre de animales como: manatí, tlacoache, tapir, pigua, mojarra, etcétera.

El Cocodrilo trabajó durante varios años sin ningún problema. Lamentablemente, después de dejar mi cargo como Secretario de Turismo, y con la entrada de la CONAN como administradora del Parque Nacional Cañón del Sumidero, simplemente el Cocodrilo fue desechado.

Con la inquietud permanente de que nunca había patentado nada y por lo ingenioso, práctico y barato del diseño del Cocodrilo, decidí iniciar el proceso de patente el 5 de octubre de 2005 como modelo de utilidad, bajo la solicitud número YU/u/2005/000009 ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial con el nombre de Recolector Acuático de Basura, tarea que fue sumamente difícil.

Para ello, tuve que apoyarme en ingenieros y asesores para hacer los planos, la descripción y trámites del mismo. Afortunadamente, como principio de vida, todo tiene su premio y éste llegó el 17 de enero de 2007, con oficio número 1714 del número de solicitud mencionado anteriormente, con el que fui notificado del registro de la patente del modelo de utilidad que ampara el Recolector Acuático de Basura al que bauticé con el nombre de Cocodrilo. Fue entonces cuando recibí el título de registro respectivo número 1706 el 12 de diciembre del mismo año.

Lo anterior es para mí motivo de gran satisfacción, pues durante toda mi vida me dediqué a hacer cosas que denominaba inventos. Pero no fue sino hasta esta ocasión que se me cumplió uno de los anhelos de mi vida: ser realmente inventor, título que me enaltece y que por diversas razones pocas personas pueden atribuirse.

Éste, y lo señalo con la humildad que la inteligencia exige, es el motivo principal por el cual decidí escribir el presente li-

bro. Con la intencionalidad de origen, sigo haciendo votos para que sus letras abonen tierra fértil y sirva para nuestro México y nuestro querido estado de Chiapas. Y sobre todo, cultive tan preciada imaginación y creatividad de la gente joven y emprendedora, y de todas las edades, de los chiapanecos.

A la fecha tengo todavía una patente en trámite y las que se acumulen.

Habrá tiempo luego para platicarles. Eso espero, amables lectores.



## Luis Pedrero Pastrana

**L**uis Pedrero Pastrana nació un domingo 16 de noviembre de 1941 a las 6:20 de la mañana bajo el signo de Escorpión, en la casa ubicada en la esquina oriente que forman la Avenida Central y Sexta Poniente Norte de esta ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Hijo de Jorge Pedrero Molinari, originario de San Cristóbal, y de Gloria Pastrana Rovirosa, originaria de Villahermosa, Tabasco. Casado con la señora Josefina González Lerma y padre de Luis y Alejandro, así como también de Karla Adriana y Paola Elena. Le conduce el respeto a la familia. Sus aficiones son escuchar música y leer, y para mantenerse saludable se ejercita todos los días a las 6:30 de la mañana.

Le caracteriza su puntualidad, el buen humor, ser enemigo de la desidia, el pensar en acciones de grandes proporciones y alcance, y ejecutarlas con un distintivo de calidad. Respecto al desempeño laboral, la traduce diciendo que “el flojo trabaja doble”

Los primeros años escolares los cursó en Tuxtla Gutiérrez y después, en la ciudad de México estudió la carrera de Contabilidad en la Escuela Bancaria y Comercial. A su regreso a Tuxtla Gutiérrez trabajó en las empresas de su familia. Su perfil es básicamente empresarial. Desde muy joven tomó parte en la actividad empresarial del estado, lo que le ha requerido capacitación constante.

Entre las principales actividades de formación, resaltan haber estudiado inglés en la Universidad de Harvard

Summer School, en Cambridge Massachusetts; cursos en el Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresas; y el curso de actualizaciones fiscales ha sido responsabilidad sistemática. Al inicio de su carrera empresarial se manejó en la rama automotriz y tomó cursos en la Chrysler Corporation Institute y de la Dealership Management Simulation.

En su actividad empresarial destacan: director general y fundador de Constructora Pedrero, S.A. de C.V., Rel Motors, S. A. de C.V., distribuidora de productos Chrysler en Tapachula; Car Rent de Chiapas, S.A. primer empresa arrendadora de automóviles en el estado; la instalación de la industria Carrocerías Chiapas, S.A. y el del despacho de asesoría denominado LYR Asesores, S.A. de C.V.; consejero y accionista de Autoahorro Automotriz, S.A. de C.V., sociedad dedicada al autofinanciamiento de los productos Chrysler, y consejero de la agencia de publicidad de los mismos productos.

Desde la participación social, fue fundador, comandante y presidente durante 8 años del Cuerpo de Bomberos de Tuxtla Gutiérrez. Presidente del Comité del Carnaval de Tuxtla Gutiérrez durante 3 años; consejero de la Feria Chiapas, A.C. y socio de la Feria Internacional Tapachula, A.C. Su participación en organismos intermedios ha sido abundante y entregada: fue presidente y vicepresidente de la Cámara de Comercio de Tapachula; vicepresidente de la Cámara de Comercio de Tuxtla Gutiérrez; presidente del Comité Estatal de Capacitación y Adiestramiento de la Industria Hotelera; presidente de la Asociación de Escuelas Particulares Incorporadas al Sistema Estatal; presidente de la Asociación de Hoteles y Moteles de Chiapas; miembro del Consejo Coordinador Empresarial; presidente y fundador del Patronato Pro-Aeropuerto Funcional de Tuxtla Gutiérrez, secretario de la COPARMEX y presidente de la Unión de Vecinos del Fraccionamiento Los Laureles, A.C.

En su desempeño en actividades gubernamentales, fue coordinador de la Ruta Esmeralda y de Programación y Organización del Programa de Promoción Turística durante el gobierno del general Absalón Castellanos Domínguez, como representante empresarial. Fue el primer secretario en la recién creada Secretaría de Desarrollo Turístico del Estado en 1994 y en el año 2000 volvió a ser secretario de Turismo del estado por segunda ocasión.

Actualmente sus actividades empresariales son: administrador general y director general de Lacanjá Hotelera, S.A. de C.V., compañía que opera el Hotel Howard Johnson en Tuxtla Gutiérrez; director general de Liceo José Vasconcelos, S.C., institución dedicada a la impartición de educación, desde preescolar hasta preparatoria, También tiene la empresa Mr. Coffee, S.A. de C.V. dedicada a la comercialización del café chiapaneco en Cancún, Quintana Roo. Siempre gustoso por el campo, es cañero en el área del Ingenio de Pujiltic, además de ser fruticultor. Su padre, el ingeniero Jorge Pedrero Molinari, fue el primero en traer a Chiapas las variedades de mango Haden (Manglober), ambos muy populares. Siempre visionario y pensando en el progreso de Chiapas funda dos empresas dedicadas a los biocombustibles, la Cooperativa Bioenergética del Sureste con cañeros del Ingenio Pujiltic dirigida a la producción de bioetanol, en la que funge como Secretario; y Biocombustibles de Chiapas, S.A. de C. V., dirigida a la producción de biodiesel donde funge como administrador único de la sociedad.

En julio del año 2010, por iniciativa propia, tuvo el honor de crear en compañía de otros inventores la Asociación de Inventores Chiapanecos, A.C., la cual se honra en presidir.

## *Rectoría*

Ing. Roberto Domínguez Castellanos  
RECTOR

Dr. José Rodolfo Calvo Fonseca  
SECRETARIO GENERAL

Mtro. Florentino Pérez Pérez  
SECRETARIO ACADÉMICO

Mtro. Pascual Ramos García  
DIRECTOR DE PLANEACIÓN

Lic. Roberto Ramos Maza  
DIRECTOR DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Lic. Adolfo Guerra Talayero  
ABOGADO GENERAL

C.P. Miriam Matilde Solís Domínguez  
AUDITORA GENERAL

Dra. María Adelina Schlie Guzmán  
DIRECTORA DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Lic. Ricardo Cruz González  
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

L.R.P. Aurora Evangelina Serrano Roblero  
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

Mtra. Brenda María Villarreal Antelo  
DIRECTORA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIONES

Lic. Noé Fernando Gutiérrez González  
DIRECTOR DEL CENTRO UNIVERSITARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

# *Dependencias de Educación Superior*

L.G. Tlayuhua Rodríguez García  
DIRECTORA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA NUTRICIÓN Y ALIMENTOS

Dr. Ernesto Velázquez Velázquez  
DIRECTOR DEL INSTITUTO DE CIENCIAS BIOLÓGICAS

Mtro. Alberto Ballinas Solís  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ODONTOLÓGICAS Y SALUD PÚBLICA

Dr. Oscar Cruz Pérez  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

Mtro. Rafael Araujo González  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES

Dr. José Armando Velasco Herrera  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE INGENIERÍA

Antrop. Julio Alberto Pimentel Tort  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE ARTES

Dr. Alain Basail Rodríguez  
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO  
Y CENTROAMÉRICA (CESMECA)

Dra. Silvia Guadalupe Ramos Hernández  
DIRECTORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GESTIÓN DE RIESGOS Y  
CAMBIO CLIMÁTICO

Mtro. Jesús Manuel Grajales Romero  
ENCARGADO DE LA DIRECCIÓN DE LA ESCUELA DE CIENCIAS ADMINISTRATIVAS

Lic. Jorge Luis Taveras Ureña  
COORDINADOR DEL CENTRO DE LENGUAS

**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

## Ingenio de un chiapaneco

Se terminó de imprimir durante el mes de noviembre de 2014 en los talleres de Desarrollo Gráfico Editorial, S.A. de C.V. Teléfono: (55) 5-605-81-75, México, D.F. con un tiraje de 500 ejemplares. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Salvador López Hernández y la corrección de Ricardo García Robles y Luciano Villarreal Rodas. El cuidado de la edición fue supervisada por la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.